

339

Pandemónium

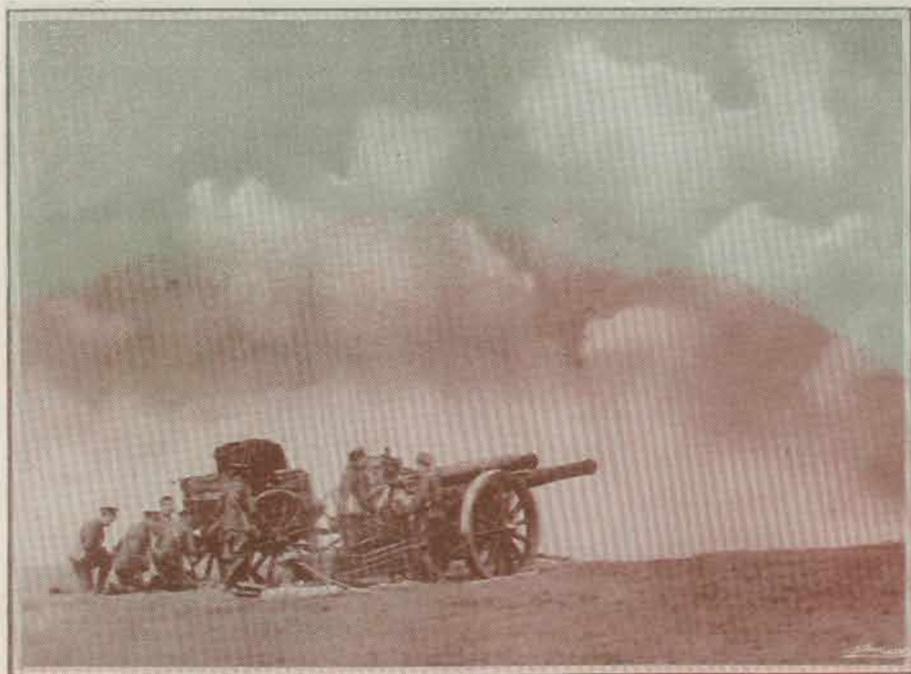
Revista Quincenal Ilustrada
de Ciencias, Letras y Artes

No. 123

30 de noviembre de 1914

Año IX

LA ARTILLERIA BRITANICA



Cañón de sitio inglés de 5 pulgadas de calibre.

San José de Costa Rica

Librería e Imprenta

• • Alsina • •

Apartado No. 249 Teléfono No. 36

Precio 25 Cts

PANDEMÓNIUM

REVISTA QUINCENAL ILUSTRADA, DE CIENCIAS, LETRAS Y ARTES

SE PUBLICA LOS DÍAS 15 Y 30 DE CADA MES

EDITORES:

MURRAY Y COMPAÑÍA

ADMINISTRACIÓN:

LIBRERÍA ALSINA

APARTADO 249 — TELÉFONO 36

SAN JOSÉ, COSTA RICA, AMÉRICA CENTRAL

CONDICIONES:

Número suelto	¢ 0-25
Suscripción por un mes	0-50
" " trimestre (adelantado)	1-25
Número atrasado	0-40
Para Centro América los mismos precios.	
Para el Extranjero,	
el 50 % en oro de los precios anteriores (pago adelantado)	

AVISOS, PRECIOS CONVENCIONALES

SUMARIO:

TEXTO

Discurso	JUAN JAURÉS	La paz	ANTONIO ARNAO
Aquella tarde	AGUSTO CASTRO	En tierra extranjera	ANTÓN TCHERKHOV
El perdón	S. PÉREZ TRIANA	Las nuevas armas de la guerra naval	R. CAMPALANS
El triunfo del ideal	ROGELIO SOTELA	Página de duelo.—Alejandro Troyo	
Los viejos	CARMEN SYLVA	Leyes de la verificación castellana (conclusión)	J. FABIO GARNIER
La guerra	ANTONIO AENAQ		

GRABADOS

Cañón de sitio inglés de cinco pulgadas de calibre.—Señorita Rosalpina Urbina.—M. Jean Jaurés.—Biplano inglés.—Regelto Soteia B.—El incendio del Hotel de Ville, en Arras.—Una gran acción de armas entre ingleses y alemanes cerca de Compiègne.—El destructor (alegoría de *The Day*, de Londres).—Tubo lanzatorpeda-

ros y torpedo.—Compresor eléctrico de marina.—Lanzamiento de un torpedo.—Detalle de la cabeza de un torpedo-cañón.—Esquema de las pruebas norteamericanas de un torpedo-cañón.—Efecto de un torpedo-cañón disparando contra un acorazado.—Alejandro Troyo Mc-nestel.

Jean Jaurés

Su último discurso

Única versión taquigráfica

El inicuo asesinato de M. Jean Jaurés da un nuevo y prestigioso interés a la versión taquigráfica de su discurso en el Cirque Royal de Bruselas.

He aquí ese discurso, que puede considerarse histórico:

Cuando vuelva a Francia, diré a

mis compatriotas, a mis camaradas del partido, con cuánta emoción he escuchado, ¡yo el sin patria! aclamar bajo el nombre de Francia, el recuerdo de la gran Revolución.

Pero no estamos aquí esta noche para abandonarnos a tales emociones, por generosas que sean, sino para poner en común nuestras fuerzas de ra-

zón y de sentimiento y esforzarnos por alejar la guerra.

Diríase que los gobiernos se dedican expresamente a enloquecer a los pueblos. Ayer, en la cámara francesa, corría el rumor de que las cosas habían llegado a la última extremidad, y que iba a estallar la guerra. La noticia era falsa. Se nos infundió cierta confianza. Hoy ha llegado otro despacho más tranquilizador, diciendo que todavía se podía esperar, que no había habido choque alguno entre Rusia y Austria, que Austria había prometido no anexarse la Servia, contentándose con ocupar Belgrado, y que Rusia se quedaría quieta...

¡No se tomará, pues, sino un poco de sangre a Servia; se le dejará toda su carne!

Entretanto contamos con algunos días para preparar la paz. Pero ¡a qué prueba se somete a Europa!

¡Cómo es posible imaginar—cuando han pasado ya veinte siglos de cristianismo, cuando hace ya cien años que triunfaron los principios del derecho del hombre—que mañana, sin que las muchedumbres sepan por qué, sin que los mismos dirigentes lo sepan, millones de hombres tendrán que hacerse pedazos sin odiarse!

Cuando veo en nuestras ciudades parejas felices, madres con sus hijos en brazos, me parece ver siempre a la muerte que marcha junto a ellos! ¡La conciencia se espanta y la razón se abruma! Pero lo que me deja más estupefacto no es la carencia de humanidad de los dirigentes, sino su falta de inteligencia.

Mirad los diplomáticos de Austria: acaban de hacer una obra maestra: han sido lo bastante estúpidos para obscurecer todas las responsabilidades, excepto la suya propia. Cualesquiera que sean las locuras que han prepa-

rado esta situación, cualesquiera que sean las faltas cometidas en Marruecos, en Tripolitania, en los Balcanes, la diplomacia de Austria-Hungría ha querido ocupar, ella sola, el primer puesto, con la brutalidad de su nota, con su mezcla de violencia y jesuitismo.

Y luego la Alemania misma, la Alemania imperial, la Alemania del kaiser, ¿cómo podrá justificar su política de estos últimos días, si ha conocido la nota austriaca? La diplomacia alemana no tiene perdón por haber permitido que se dé semejante paso, que iba a turbar la paz del mundo! Y si Alemania no ha conocido esa nota ¿de qué clase es su cordura gubernativa, y qué significa la Triple alianza? ¡Cómo! ¿Teneis un contrato que os liga y que os arrastra a la guerra, y no sabéis lo que os va a arrastrar a ella? ¡Realmente es el momento de preguntarse si la anarquía

de los pueblos puede llegar más lejos!

¡Y a qué espectáculo asistiríamos si pudiéramos leer en el corazón y en el cerebro de los dirigentes! No se podría discernir si quieren o no la guerra, si están o no contentos de lo que han hecho, y si tienen siquiera el sentimiento del mañana. Desearían ser grandes. Conducen a los pueblos hasta el borde del abismo, pero en el último instante vacilan. El caballo de Atila asusta todavía, pero anda a tropezones...

¡Es preciso que todos los socialistas aprovechemos esta vacilación para organizar la paz!

En cuanto a nosotros, los socialistas franceses, nuestro deber es sencillo: no tenemos que luchar por imponer la paz, la voluntad de paz al gobierno de Francia. Yo creo que tengo el derecho de decir, yo que he dicho siempre la verdad en mi país, denunciando



M. JEAN JAURES.

! en París el 1º de agosto del corriente año

sus faltas, yo que no he vacilado en asumir el odio de los patriotereros por mi voluntad obstinada y que no cesara jamás de acercamiento franco-alemán, yo creo poder decir que el gobierno francés quiere la paz sin sombras, sin nada que la ataque!

Me atrevo a decir que el gobierno francés es el mejor amigo del pueblo y el mejor aliado de paz de ese admirable gobierno inglés que ha tomado la iniciativa de la conciliación y que da a la Rusia consejos de prudencia y de paciencia.

En cuanto a nosotros, los socialistas franceses, nuestro deber es velar porque esa voluntad de paz no pueda amenjarse, nuestro deber es pedir a Rusia con insistencia creciente que no se lance al conflicto. Y si se lanzara a él, a pesar de todo, nuestro deber es decir:

—¡No reconocemos los tratados secretos! ¡Sólo reconocemos un tratado, el que nos liga a la raza humana!

Tal es nuestro deber, y al expresarlo nos hemos encontrado en la oficina socialista internacional de acuerdo con nuestros camaradas alemanes, quienes piden a su gobierno que haga que Austria modere sus actos. Y puede que el telegrama tranquilizador de Austria, de que os hablaba hace un momento, provenga en parte de los sentimientos nuevos del gobierno alemán y que ese sentimiento haya llegado hasta el mismo que, aunque fuese el amo agosto, no puede marchar contra la conciencia de cuatro millones de habitantes.

He aquí como existe ahora en Europa una diplomacia socialista, si así puede llamarse. Verdad que esa nueva diplomacia no se oculta, que no escribe sus tratados en papeles secretos, que se esfuerza por reunir los corazones en un mismo sentimiento de paz y de justicia.

Así, en esa reunión tuvimos una gran alegría: la de recibir el relato de las manifestaciones socialistas en que cien mil obreros alemanes, —a pesar de los burgueses, a pesar de los estudiantes patriotereros con caras llenas de proféticas cuchilladas, a pesar de la policía,—han firmado su voluntad de paz!

Nuestros camaradas alemanes han

dado, sin duda, una gran prueba de valor y de fraternidad, han acumulado sobre cabezas centenares de años de cárcel, y me permitiréis aquí que rinda homenaje a esa mujer denodada, a esa Rosa de Luxemburgo, que hace penetrar en el corazón del proletariado alemán el fuego de la idea, el fuego del pensamiento.

Los socialistas alemanes no han prestado nunca a la humanidad un servicio más grande que el de haberse puesto ayer de pie! Pero, ¡qué servicio han prestado también los socialistas franceses! Ellos, son los socialistas «alemanes»; nosotros, los franceses, somos los sin patria, somos los traidores y los vendidos! ¡Ah! si tuviéramos en Francia a los socialistas alemanes, tan moderados, tan tranquilos, y si pudiéramos mandar a Alemania a estos repugnantes socialistas franceses, cuán contentos estaríamos!... ¡Pues bien! ayer se mostraron en Berlín los socialistas franceses; en número de cien mil manifestaron! Enviaremos nuestros socialistas franceses a Alemania, puesto que allí se les reclama, y los alemanes nos mandarán los suyos puesto que así lo piden nuestros patriotereros...

Hoy, momentos en que, después de habernos insultado se ven reducidos a contar con nosotros en el fondo del alma.

¿Queréis que os diga la psicología de los socialistas, que creo haber encontrado?

La clase obrera está compuesta de hombres que tienen «colectivamente» el miedo y el horror de la guerra, y que «individualmente» no la temen; mientras que los patriotereros y los militaristas son hombres que tienen «colectivamente» amor a la guerra y a la matanza, pero que «individualmente» la temen...

Mas cuando sienten cernirse sobre sus cabezas la amenaza de los conflictos, de las guerras, que segaran sin distinción a burgueses y a obreros, entonces recuerdan que son amigos, y que esos socialistas pueden demostrar durante la borrasca, que saben reanudar las amistades.

¡Ah! no me forjo ilusiones: ya olvidarán el santo, cuando haya pasado la tormenta...

Y si, a pesar nuestro, el huracán se desencadenara sería inútil y peligroso oponerse a él. Por el impulso mecánico, por la embriaguez de los primeros combates que arrastran a las multitudes y las trastornan, conseguirán conducirnos a la carnicería, pero a medida que el tifus complete la obra de las bombas, a medida que la muerte y la miseria hieran a los hombres vueltos en sí, todos se volverán hacia los dirigentes alemanes, austriacos, franceses, rusos, italianos, y les preguntarán qué razón pueden dar de todos esos cadáveres... Y entonces la revolución desencadenada les dirá:

—¡Vé, y pide perdón a Dios y a los hombres!...

Si escapamos a la crisis espero que al día siguiente, bajo el cielo sereno otra vez, se dirán: nos diremos:

—¡Es preciso que la guerra desaparezca! Es preciso que el espectro no vuelva a salir de su tumba cada seis meses para espantar al mundo.

He ahí la obra en que debéis trabajar, hombres de todos los países del mundo. Hay que preparar la justicia humana.

Con la frente erguida, con una altivez más grande y con la conciencia de su fuerza es como pondrán manos a la obra los proletarios del mundo entero, y esto es lo que los mismos delegados alemanes vendrán a afirmar en el congreso próximo, en París.

Aquella tarde

A Rosalía

Para Pandemónium

En medio de un paréntesis divino
tu boca, perfumada de reseda,
se abrió como un estuche purpurino
al suave influjo de tu voz de seda.

En el silencio vespéral, el fino
efluvio de tu voz — dócil y queda —
despertó, en el temblor de la arboleda,
la caprichosa emanación de un trino.

Cual faldas verdi-oscuras, los follajes
se bordaban de oro diluído
a la dilucidez de los celajes,

Mientras en ese tu imperial vestido
— que es una regia profusión de encajes —
se fue quedando el corazón dormido.

Augusto Castro

(Salvadoreño)

San Salv., oct. de 1914.

El perdón

El castigo es la consecuencia lógica de la falta. El legislador se esfuerza por hallar la medida justa del castigo en proporción adecuada a la falta cometida; ese es el ideal de la doctrina. En el funcionamiento de la armonía social, el castigo debe ser tan inherente a la falta y tan proporcionado a ella, como si se tratara de una ley física, pongamos por caso, la acción de la gravedad que atrae a los cuerpos hacia el centro de la tierra en razón directa de la masa e inversa del cuadrado de la distancia. En el castigo no hay, o por lo menos no debe haber, dentro del principio verdadero, ni crueldad, ni ánimo vengativo, sino simplemente justicia y, por consiguiente, lógica, es decir, encadenamiento no interrumpido por arbitrariedad alguna de causas y de efectos.

El perdón, que es la condición del castigo, es cosa extraña, contraria a las leyes naturales. El perdón, es decir, el quebrantamiento de la lógica e inexorable evolución de la causa hacia el efecto, no existe en la naturaleza.

El perdón es hijo de la piedad y de la misericordia, y la piedad y la misericordia no existen en la naturaleza: la tromba inunda, la llama incendia, la lava calcina, el terremoto devasta, el huracán agosta, en cumplimiento de su misión como fuerzas naturales, sin que nada los detenga. Aparecen a nuestros ojos de mortales como agentes vestidos de impasible y serena indiferencia a nuestro dolor y ante nuestra miseria. La piedad y la misericordia no existen en la naturaleza.

La piedad y la misericordia tampoco existieron como elementos orgánicos y primitivos del temperamento de los hombres; puede asegurarse que durante larguísimo período en las etapas primeras de la evolución del hombre, la fuerza y la violencia eran la suprema ley que lo guiaba; compartía él la tierra con las bestias de presa, y su código, no escrito, no era menos cruel ni menos despiadado que el de ellas.

Durante larguísimo período también en los tiempos ya históricos, subsistió ese mismo criterio de crueldad despiadada: los débiles eran presa de los fuertes, sin que pudieran esperar acogerse al menor amparo de clemencia en el ánimo de estos últimos; la piedad era signo de debilidad; la crueldad, manifestación de la fuerza triunfadora. Los hijos de Lacedemonia se adiestraban para las faenas de la guerra asesinando y mutilando a los ilotas inermes e indefensos; Catón, el más preclaro de los ciudadanos de la Roma de sus días, trataba a sus esclavos como si fueran piezas de una maquinaria inerte y los veía sufrir males que él hubiera podido remediar, con indiferencia suprema, como veía correr las aguas del Tíber bajo sus pies.

El altruismo, que es la conmiseración desinteresada del dolor ajeno, es fruto tardío en la evolución del hombre; el Jehová de los hebreos era un Dios de venganza y de iras. La palabra de piedad suprema estalló de los labios divinos del Mártir del Gólgota, como una estrella luminosa en el entenebrecido cielo de la conciencia universal: «Perdónalos, Señor, porque no saben lo que hacen», dijeron esos labios en la boca del dolor infinito, y la luz así revelada, ha inundado las conciencias de los hombres y quebrantado la ley de la naturaleza material, creando la sacrosanta institución del perdón.

En lo que está más allá de nosotros, en lo perdurable y en lo eterno, el perdón es atributo de la Divinidad, el más hermoso, el más amplio, el más consolador de sus atributos. En nuestra vida terrenal el perdón es atributo del Príncipe, del Poder Supremo. El perdón es de esencia tan excelsa, que aun en las cosas humanas conserva reflejos de lo alto; es una revelación de que la naturaleza del hombre es superior a las leyes que rigen a la naturaleza física y material; es una demostración de la espiritualidad humana, ya que existiendo y no siendo explicable por

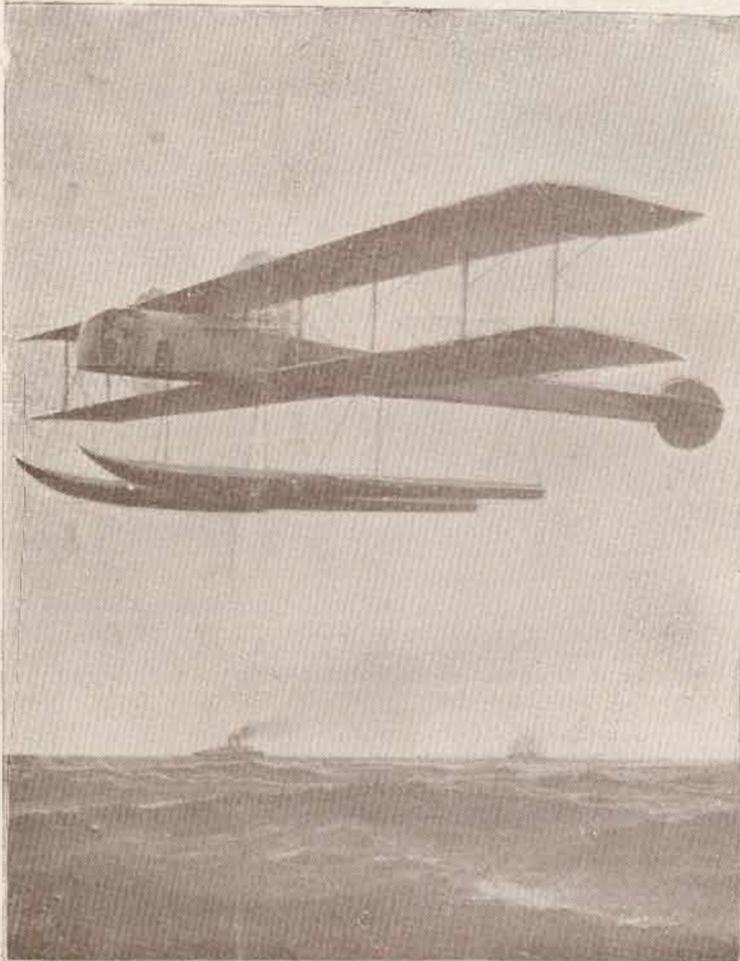
las meras reglas que rigen a la materia comprueba la existencia de algo distinto y superior a ella en el hombre. El perdón es sagrado; el perdón tiene algo de milagroso, participa de la esencia de la Divinidad.

342

Para que el perdón sea perdón es preciso que haya habido falta. En tergiversarlo, en falsificarlo, hay una profanación imperdonable...

Santiago Pérez Triana

SERVICIO DE AVIACION BRITANICO



BIPLANO INGLESE.

que hace diariamente la travesía por el Canal de la Mancha vigilando las costas.



ROGELIO SOTELA B.

El Triunfo del Ideal

Poema a la memoria de
José Asunción Silva

Premiado
en los Juegos florales de 1914
con el único accésit

Sólo el poeta es lago sobre este mar de arenas,
sólo su arteria rota la Humanidad redime.

GUILLERMO VALENCIA

EL TRIUNFO DEL IDEAL

Es Polinnia, la Virgen soberana,
la helénica deidad de porte egregio,
que va buscando en la vereda humana
—vestida por los hombres de gitana—
al Bardo que le dió su canto regio.

Al Poeta que dió todas sus mieles
como ofrenda a la turba envilecida
que negó el esplendor de sus laureles
y puso como estigma en sus broqueles
la lúbrica leyenda de su vida.

Pensativa siguió por la vereda
con la nostalgia de su cisne muerto,
como buscara entre las ondas, Leda,
las huellas de aquel pájaro de seda
que el plumón en sus brazos dejó abierto.

Y la Musa encontró en el solitario
y ríspido sendero a un peregrino
—como la flor votiva de un sagrario—
dejando su ilusión de visionario
prendida en los zarzales del camino.

Era un doliente trovador, proscrito
y señalado por la plebe fiera,
que tuvo ante los hombres el delito
de beber en el cáliz de su rito
la blanca comunión de una Quimera.

Y con voz de cristal, en la sumisa
beatitud de la tarde virgiliana
que en los montes dejaba una sonrisa,
como un rumor de arpeggios en la brisa
dijeron el poeta y la gitana:
Tú que eres un niño con alma de profeta,
que en las pupilas llevas serenidad de asceta
y que me miras siempre como un amigo bueno,
así como mirara Jesús, el Nazareno...
Tú si puedes oír, soñador, a tu hermana,
a tu hermana la triste, la doliente gitana
que se pasa las horas y se pasa los días
desgranando el rosario de sus melancolías.
Porque tú comprendiste lo que el hombre no alcanza:
la excelsitud suprema que lleva una esperanza.
En tanto que los seres ignoraron las huellas
de esta loca gitana que se ve en las estrellas
—espejos donde viera su ilusión el amado—
aquél que dió a la Vida su toisón encantado.
Tras él por el sendero seguí serenamente,
y encontré que tú eras como el cantor, doliente.

EL POETA

El ha sido el ungido de tus hondos quebrantos.
Hermana entristecida, recordemos sus cantos...

POLIMNIA

Con sus cantos la vida se ennoblece y se ensalma.
Poeta, arrodillemos por su canción, el alma.
Recemos porque el mundo para cantar, no acabe,
poniendo una sonrisa sobre la vida grave.
Hermano que has tejido las urdimbres de oro
de tus ocios de ensueño; sentirás lo que imploro.
Yo fuí la dulce amada del amado trovero
que ritmó con el alma su canción de soñero
llevando en las pupilas una inquietud secreta...

EL POETA

Hermana, bendigamos la inquietud del Poeta.

POLIMNIA

Bendigamos al Bardo por su noble canción;
a él que fué dejando la miel del corazón
regada en el sendero... Bendigamos la albura
de su alma de niño de intocable blancura.
Bendigamos lo noble de su lírico esfuerzo
que modeló su escudo con el cincel del verso
para exaltar la Euritmia con devoción pagana.

EL POETA

Y también bendigámosle por su humildad, hermana,
para que le bendiga la turba que le reta;
la turba que no quiere saber qué es un poeta.

POLIMNIA

El poeta es un mago que se cñe de tules:
es un pájaro blanco con las alas azules.

EL POETA

El poeta es un índice clavado en el mutismo
 que conjura a los hombres y señala el abismo.
 El poeta es compendio de la Nada y del Todo;
 corazón de Arlequín y alma de Quasimodo.
 A veces, clavicordio desgranando un salterio,
 y siempre taumaturgo imprecando al Misterio.
 Los poetas son émulos de la Naturaleza
 que viven, cuando cantan, la Suprema Belleza.
 Son los evangelistas y los reveladores;
 los eternos sedientos, los mágicos cantores
 que señalan la senda para la humanidad
 y se ungen con el óleo de su propia Verdad.
 Son oídos abiertos a las palpitaciones
 del mundo. Son heraldos de las geraciones.
 Cuando impetuosamente catalgan sus centauros,
 al horizonte cubre la gloria de sus lauros.
 Cuando brillan sus cascos en la ruta, las huellas
 son heridas abiertas en floración de estrellas.
 Son los grandes videntes; son el *yo* formidable
 que palpita en las cosas con poder inmutable.
 Si Dios quiso en la tierra reflejar su silueta,
 al *fiat lux* de sus labios se humanizó el Poeta.

POLIMNIA

La gloria de mi Bardo! Por eso es que he venido
 y he encontrado al Poeta coronado de olvido.
 He visto cómo cubren de acibar y de cardos
 a aquél que dió sus mieles y que ofrendó sus bardos.
 He visto cómo llenan de oprobio su recinto
 y deslustran el nombre purísimo del plinto;
 porque el coturno humano
 desconoce la senda de ese Bien soberano.
 Por eso es que me gritan la loca y la harapienta;
 porque para los hombres, la Musa es una afrenta.

EL POETA

Tu veste es sin mancilla como el plumón de un ala.
 Salve, Bohemia, salve. ¡A tu bondad no iguala
 nada más que la blanca comunión de las rosas,
 y las rosas son buenas sobre todas las cosas...

POLIMNIA

Ponen tantos aromas en la tumba querida!
 Ellas son pinceladas de sonrisa en la vida.
 El peplo de las diosas se teje con su esencia
 como se teje el cielo con la magnificencia
 de la luz. Ellas son los motivos mejores
 para vosotros, sabios y dulces tejedores
 de la vida en azul, que consagraís las rosas...

EL POETA

Yo cantaré un hosanna para todas las diosas!
 Los poetas cultivamos vuestra estirpe con galas
 de ensueño, y os ponemos con nuestras rimas alas
 para que seáis al bardo como las mariposas
 en torno de una flor...

POLIMNIA

La senda de las diosas
 fué para los poetas alfombradas de flores;
 hay en ella boscajes para los ruiseñores
 que cantan en la sombra... Y en esa ruta hay una
 fontana donde aduerme su tristeza la luna...
 Allí la Vida canta su excelsitud, y ríe
 y es todo una explosión de luz que se deslíe...
 Es la ruta en que Dios sutilizó su pauta.
 Poeta, en esa ruta desgranará tu flauta
 los ritmos milagrosos de la santa Harmonía.
 aparta de los hombres, que la diosa te guía;
 allí tendrá tu frente las gemas de tu verso;
 poeta, en esa ruta comienza el Universo!

* *

Después, por el sendero,
 al ritmo silencioso de un cántico de amor,
 siguieron lentamente la Musa y el trovero
 asidos de la mano, por la vereda en flor.

Y allá, sobre las cumbres de clásico diseño,
 mostró la diosa al bardo con un gesto triunfal,
 los que en la vida fueron buscando con empeño,
 la linfa donde abrevia su vino el Ideal.

Allí todos los magos que conjuró la vida:
 los sabios, los dolientes de idílico soñar,
 los grandes pregoneros, los que con fe sentida
 quisieron que los hombres vivieran para amar.

Y sobre los abismos los poetas hablaron,
 llenando los espacios el treno de su voz:
 todos los que rugieron, todos los que imploraron,
 los olímpicos cisnes que la Vida cantaron
 teniendo por breviarios los Códigos de Dios.

LA VOZ DE LOS POETAS

Nosotros fuimos todo. Bajo del cráneo inmenso
 de los espacios mudos como un fragor suspenso—
 quedaron los rumores de nuestras clarinadas
 que fueron apotegmas de rojas lumbaradas.
 Sonamos nuestras trompas con estentóreos gritos
 para culpar al hombre de todos sus delitos.
 Señalamos las zarzas y los estercoleros
 y pusimos un triunfo de luz en los senderos.
 Dijimos sobre el monte de nuestras claridades
 el dolo y la perfidia de todas las Edades.
 Pero ellos nunca vieron sobre el rudo peñasco
 la claridad divina que se anunció en Damasco.

(OTRAS VOCES)

Se entreabrió en nuestro huerto mucha flor de cariño
 para todos. Llevábamos un corazón de niño
 que sólo sonreía; un corazón sereno
 que bebió de los hombres nada más que veneno.
 Hicimos con Pierrot y Arlequín pantomima,
 hilvanando las horas cual se hilvana una rima.
 Para todos tuvimos nuestra unción de ideales

EL INCENDIO DEL HOTEL DE VILLE, EN ARRAS



Este histórico Hotel de Ville, en Arras, la antigua capital de Artois, fué destruido por el fuego del bombardeo que los alemanes empezaron el 5 de octubre próximo pasado. Treinta y tres granadas dispararon al edificio los cañones alemanes, quedando demolido completamente el 21 de octubre. La "Belfroy" o torre del reloj, de 244 pies de alto, fué comenzada en el año 1463 y terminada en 1554, es decir, a los 91 años.

Los viejos

Narración Rumana

Mosch y Baba (el viejo y la vieja), así se les llamaba simplemente. Y eran tan viejos, que nadie conocía sus nombres. Eran «Mosch» y «Baba» las dos personas más ancianas de los dominios de nuestro gran poeta Alexandri, en Mircesi.

El había sido antaño postillón, y hasta un postillón célebre. En su larga vida había juntado casi una fortuna, idoscientos francos!, y, después de haber casado a su hijo único en una aldea lejana, habíase casado a su vez en segundas nupcias con una mujer que sólo tenía una hija, también casada en otra aldea.

Vivían juntos hacía mucho tiempo, y, de tan viejos, parecían encogerse cada día más y más, cual si fueran arrugándose.

A menudo se les veía por las llanuras de Mircesi atravesar la floresta, y luego sentarse bajo un árbol, muy juntos el uno al otro, y durante horas enteras disfrutar así del hermoso día, conversando un poco, adormitiéndose otro poco. Habían construido la más chica y baja de las casitas y poseían una yunta de bueyes no mayores que un asno común, y también un caballo no más alto que un perro. Y eran felices y estaban satisfechos mientras pasaban los días.

En una ocasión le había pasado casi una desgracia al viejo. Habíanle confiado ciertos gansos para cuidar, y mientras hacía eso dió un paso en falso y cayó en el arroyuelo del valle. Demasiado débil para levantarse por sí solo, se hubiera ahogado sin remedio y miserablemente, si alguien no lo hubiera visto y acudido en su auxilio. Sólo cuando contaba sus aventuras de postillón se rejuvenecía aún. Entonces sus viejos ojos resplandecían, y en torno suyo todo parecía animarse con tintines de campanillas y piafar de caballos; él se sentía de nuevo en

la posta, caminando de día y de noche; caminando siempre, como la brisa.

Guardaba también muchos, muchísimos recuerdos de la historia del país.

Coconu (señor) Vassili—decía él a menudo a Alexandri,—yo he conducido fuera del país a muchos príncipes y a muchos ministros.

Era su manera de hacerle comprender y expresarle la fragilidad de las cosas humanas.

Era muy celoso con su mujer; ésta no debía mirar a nadie ni hablar con nadie. Y, con gran contrariedad suya, un joven rondaba de continuo por los alrededores de su casita.

¿Qué viene a buscar por aquí?—decía el viejo muy irritado.—Hasta que por fin descubrió que era por la hermosa hija de un vecino por quien el galán rondaba los contornos.

En medio de esta paz, que llenaba su vida, el viejo fué un día a casa del propietario del campo.

—Coconu Vassili, queremos divorciarnos.

El propietario, lleno de asombro, dijo:

—Pero ¿qué idea se te ha metido en la cabeza? ¿Te has peleado con tu vieja? ¿Qué idea se te ha ocurrido? Porque, al fin y de todas maneras, vosotros no tenéis mucho tiempo que vivir juntos.

—Justamente es por eso, Coconu Vassili. Hemos reflexionado que no nos quedan muchos días de vida por delante, que cada uno de nosotros tiene un hijo, y que después que nosotros nos muramos, nuestros hijos van a pelearse por la herencia. Y por esto que nos pasa, es por lo que queremos separarnos de antemano.

Nada pudo disuadir a los dos viejos de su decisión, la cual principiaron a poner por obra sin tardanza. Los doscientos francos en monedas de oro

fueron agrupados en montoncitos, y el viejo, poniendo una moneda de oro delante de sí mismo y otra delante de su mujer, iba diciendo:

—Una para ti..., una para mí..., una para ti..., una para mí... Hasta que no hubo más monedas que distribuir. Una almohada para ella, una almohada para él; un tapiz para ella, un tapiz para él. Después, el viejo dió a su compañera los dos bueyes y se reservó para sí el caballo con el carrito. Y después fueron a la posada para decir adiós a la gente. Allí los rodeó todo el mundo y se bebió a la salud de ellos. Y aunque la gente pretendía estar alegre, vertía lágrimas. Pidiéronles perdón a todos con objeto de que nadie pudiera guardarles rencor. Al fin emprendieron la marcha, descendiendo, y llegaron al puente de Sereth. En este sitio se detuvieron un instante: se abrazaron, lloraron y cada cual tomó su camino: el uno por la derecha, el otro por la izquierda...

Con mucha frecuencia es más fácil ejecutar una resolución que soportar sus consecuencias. El viejo se debilitó y transformó de tal manera, que al fin de breve tiempo no era más que la sombra de sí mismo. Si acaso le pre-

guntaban cómo iba, solía responder: —¡Ya no puedo dormir, porque no percibo su aliento, que me acariciaba el cuello!

Se pasaba el día errando por doquiera, como un espíritu sin reposo, como si buscase siempre algo sin poder encontrarlo.

Cuando había pasado una semana, le dieron la noticia de que su «Baba» estaba muy enferma. Sin tardanza ató su caballito al carro y se marchó tan rápidamente como le era posible. Pero cuando llegó a la aldea a donde ella se había retirado, se encontró con que justamente llevaban el ataúd al cementerio.

Sin decir una palabra siguió a la muerta, y asistió al entierro sin una sola queja. En seguida volvió directamente a su casa y se acostó. Al día siguiente amaneció muerto.

Entretanto, la casita se va cayendo con lentitud, y de tal manera está ruinososa que ya no se ven en ella sino las plantitas y los rosales que cubren el techo ..

Pero Alexandri no permite de ningún modo que la toquen...

Carmen Sylva,

(Reina de Rumania)

La guerra

Pavoroso fragor, choque de espadas,
llanura estéril, sin verdor ni riego,
palacios consumidos por el fuego,
trincheras de cadáveres colmadas.

Solitarias y lúgubres moradas
vago terror, mortal desasosiego,
gritos de perdición y enojo ciego,
doncellas tristes, moradas enlutadas.

En la ciudad persecución y encono,
en los campos estrépito y pelea,
en el taller silencio y abandono;

negros pendones, incendiaria tea,
rotos altares, inseguro trono...
Pues tales frutos da: maldita sea!

La paz

Campo de rubia mies que el aire mece,
suelto rebaño en sueltos tomillares,
humo leve de rústicos hogares,
cantar del que afanado no perece.

En el útil taller vida que crece,
juramentos de amor en los altares,
nave feliz que boga por los mares,
rápido tren que pasa y desaparece.

Numen para la mente voladora,
premio para la insólita fatiga,
móvil para la industria que atesora;

blanco caudal risueño, luz amiga,
fecundo germen, alma bienhechora...
Pues tales frutos da: ¡Dios la bendiga!

Antonio Arnao

UNA GRAN ACCION DE ARMAS CERCA DE COMPIEGNE



La Batería "L" de la Artillería Real Británica, vivaqueaba en las afueras de la aldea de Nery. En un momento después de que el cielo se había despejado, se encontraron los artilleros ingleses con que a una distancia de 800 yardas había una larga línea de trincheras alemanas a su derecha, y como a 800 yardas, tres cañones fuera de acción, luego dos, quedando uno solo sosteniendo el fuego con el Sargento Mayor Dorrell, un artillero y un cargador. Luchando heroicamente lograron inutilizar cuatro cañones alemanes. Cuando llegaron refuerzos, huyeron los alemanes dejando sus cañones en poder de los ingleses.

Letras rusas

En tierra extranjera

Tarde de domingo. El pomechtchik Kamychev, sentado ante una mesa, ricamente servida, almuerza lentamente. Un viejo atildado, bien afeitado, comparte su almuerzo; es un francés, M. Champoune. M. Champoune, que fue preceptor de los hijos de Kamychev, les enseñó las maneras distinguidas, la pronunciación y los bailes; después, cuando crecieron y se hicieron oficiales, se quedó en casa de su padre en calidad de algo así como señora de compañía del sexo masculino. Sus atribuciones son sencillas. Ha de divertirse con pulcritud, perfumarse, escuchar la vana palabrería de Kamychev, comer, beber, dormir, y nada más, fuera de esto, a lo que parece; por ello recibe alimentación, alimentos y estipendios indeterminados.

Kamychev come y, según costumbre, charla.

—¡Zambomba! —dice enjugándose las lágrimas ocasionadas por un pedazo de jamón muy cargado de mostaza;—¡uf! mire usted. Jamás produciría la mostaza francesa un efecto como éste, aun cuando se tomara uno todo un tarro.

—A unos les gusta la mostaza francesa, a otros la rusa—observa tímidamente Champoune.

—A nadie le gusta la mostaza francesa, como no sea a los franceses. Y los franceses comen todo lo que les sirvan, ratas, ratones, tarakanes... ¡brrr! A usted, por ejemplo, no le gusta este jamón porque es jamón ruso, y si le dieran cristal asado, diciéndole que es francés, lo comería usted y se relamería de gusto. Según usted, todo lo que es ruso es malo.

—No digo eso...

—Todo lo que es ruso es malo, y lo que es francés, ¡oh! *très joli*. Para usted no hay mejor país que Francia, y para mí... En fin, ¿qué es Francia hablando en conciencia? Una miseria

de tierra. Envíe usted allí a nuestro *ispravnik*: pedirá el cambio al cabo de un mes; no hay sitio para moverse. En una jornada a caballo se puede dar la vuelta a Francia; y en nuestro país, salga usted y no le ve el fin. Anda usted, anda usted...

—Sí, señor; Rusia es un país inmenso.

—Eso sí. Según usted no hay gente mejor que la francesa. Pueblo instruído, inteligente. ¡Civilización! Convengo en que todos los franceses son instruídos, galantes; es verdad... Un francés no se permite una inconveniencia: sabrá dar una silla a una señora cuando sea necesario, no se pondrá a comer cangrejos con tenedor, no escupirá en el piso; pero no hay alma en todo eso. No hay alma en él. Desgraciadamente, yo no puedo decirle... ¿cómo expresarlo?... a los franceses les falta yo no sé qué... (Kamychev meneaba los dedos), no sé qué de... jurídico... Recuerdo haber leído en alguna parte que en ustedes la inteligencia está adquirida en los libros, y que en nosotros es innata. Que se enseñe como es conveniente las ciencias a un ruso: ninguno de los profesores de ustedes le igualará.

—Tal vez—dice Champoune, como a su pesar.

—No tal vez; seguramente. No tiene usted que enfurruñarse, digo la verdad. El espíritu ruso es un espíritu inventivo; solamente que no se le da una carrera, y no sabe hacerse valer. Descubre una cosa, y la rompe o se la da a los niños para jugar. Y si un francés descubre una bagatela, lo pregonan al mundo entero... Hace algunos días mi cochero Iona hizo un hombrecillo de madera. Si se tira a ese hombrecillo por un hilo, hace un gesto obsceno... Pero Iona no es un fanfarrón... En suma, los franceses no agradan. No hablo de usted, hablo en general. Son pueblos sin costumbres;

exteriormente parecen hombres, y viven como perros. Tomemos, por ejemplo, el matrimonio. Entre nosotros, cuando uno se casa queda ligado a su mujer y ya no hay más que hablar. Y entre ustedes... entre ustedes, ¡sabe Dios qué! El marido se pasa el día en el café, y la mujer llena la casa de franceses, con los que baila el can-can a más no poder.

—¡Eso es falso!—exclama Champoune, que no puede ya contenerse y estalla.—En Francia el principio familiar está muy considerado.

—Ya conocemos ese principio. Debería usted avergonzarse de defenderle. Hay que ser imparcial... Si somos cochinos, seamos cochinos... Gracias les sean dadas a los alemanes, que les han vencido a ustedes. ¡Ah, sí, Dios mío; muchas gracias! Que Dios los tenga en buena salud.

—En ese caso—dijo el francés, botando y con los ojos brillantes, si detesta usted a los franceses, no comprendo por qué me retiene usted.

—¿Y dónde le voy a usted a meter?

—Déjeme usted marchar; me volveré a Francia.

—¿Qué? ¿Le dejarán a usted entrar en Francia ahora? Bien sabe usted que es traidor a su patria. Entre ustedes tan pronto es Napoleón un gran hombre, como lo es Gambetta. Ni el diablo se entendería allí.

—Señor—dice Champoune en francés, estrujando la servilleta entre sus manos,—mi enemigo no hubiera podido encontrar un insulto mayor que el que usted acaba de inferirme. Todo ha concluído.

Y con ademán trágico, pero correcto, el francés arroja su servilleta sobre la mesa y sale con dignidad.

Tres horas después vuelven a poner los cubiertos, y los criados sirven la comida. Kamychev la empieza solo. Después del inicial vaso de aguardiente se despierta en él la necesidad de charlar; quisiera decir cosas y no hay allí nadie para escucharle.

—¿Qué hace Alfonso Ludovicovich?—pregunta al criado.

—Está haciendo su equipaje.

—¡Me valga Dios! ¡qué tonto!

Champoune, en su cuarto, procede a meter con mano temblona en su maleta la ropa, sus frascos de perfumes, sus libros de misa, unos tirantes y unas corbatas. Toda su persona, su maleta, su cama, su mesa, respiran una elegancia femenina. Gruesas lágrimas brotan de sus grandes ojos azules.

—¿A dónde va usted?—le pregunta Kamychev, después de haberle contemplado un instante.

El francés se calla.

—¿Quiere usted marchar?—añade Kamychev.—Pues bien, como guste. No me atrevo a retenerle... Solamente que hay una cosa interesante. ¿Cómo se irá usted sin pasaporte? ¡Le admiro! Ya sabe usted que he perdido su pasaporte. Lo metí no sé dónde, entre mis papeles, y se ha perdido... Y entre nosotros hay mucha severidad en cuestión de pasaportes. En cuanto haya usted andado cinco veristas le habrán atrapado.

Champoune levanta la cabeza y mira a Kamychev con aire de desconfianza.

—Sí, ya verá usted. Le conocerán en la cara que no tiene usted pasaporte, y en seguida: ¿Quién es éste? ¡Alfonso Champoune! Ya conocemos estos Alfonsos Champoune. ¿No le agrada ir por etapas a un país no muy lejano?

—Usted dice eso por bromear.

—¿Por qué había de bromear? No tengo ganas... Sin embargo, escuche bien una condición. No se tome la molestia, cuando se haya marchado, de escribirme cartas y lloriquear. Yo no menearé un dedo cuando le vea pasar ante mí cargado de argollas.

Champoune se levanta, y pálido, con los ojos extraviados, comienza a andar por la habitación.

—¿Qué hace usted de mí?—dijo, cogiéndose la cabeza desesperado.—¡Dios mío! ¡maldita sea la hora en que tuve la funesta idea de dejar mi patria!

—Vaya, vaya... he bromeado—dice Kamychev bajando el tono.—¡Qué farsante! No comprende las bromas. No se le puede decir una palabra.

— ¡Querido! — exclama lastimosamente Champoune, tranquilizado por el tono de Kamychev, — se lo juro, me afeccioné a Rusia, a usted y a sus hijos; dejarle sería para mí como la muerte; pero cada una de sus palabras me desgarran el corazón.

— ¡Ah, farsante!... Si yo hablo mal de los franceses, ¿por qué se ha de sulfurar usted? ¿No hay muchas gentes de las que hablamos mal? ¡Si fueran a enfadarse! Tomemos, por ejemplo a Lázaro Iakitch, el que me arrienda las tierras. Le digo esto y lo otro, le llamo judío, galo, le hago la oreja de cerdo con el faldón de mi

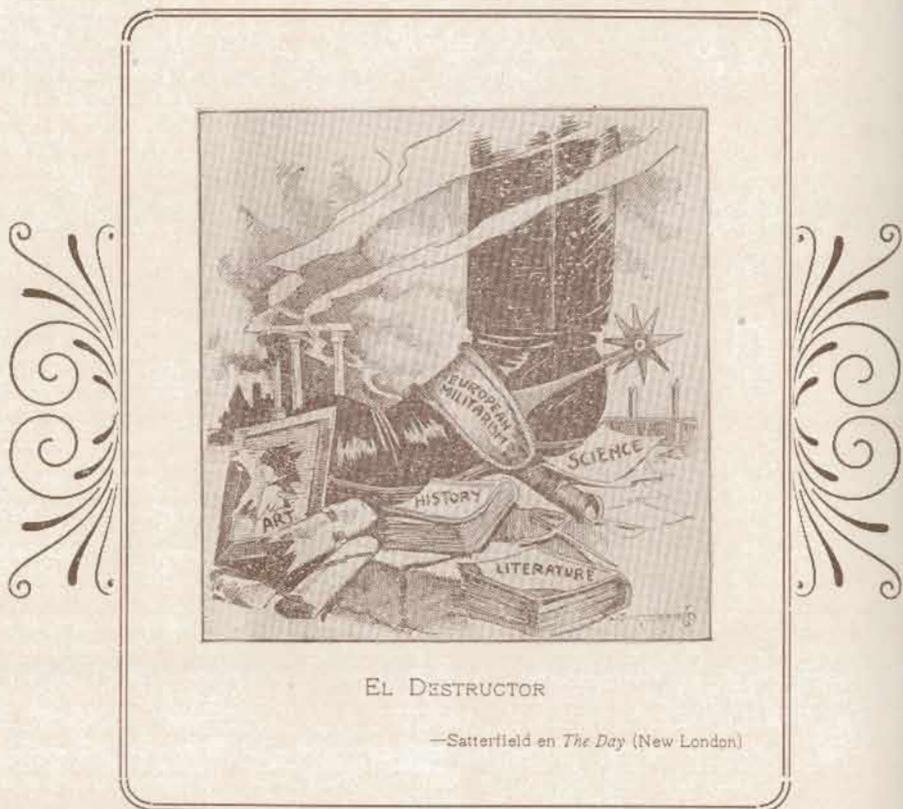
levita, le cojo por las guedejas; ¿se ofende?

— ¡Pero es un esclavo! Está dispuesto por un kopek a cualquier bajeza.

— Vaya, vaya, basta. Vamos a comer. La paz...

Champoune se da polvos a la cara, arrebatada por el llanto, y se va con Kamychev al comedor. Se come el primer plato sin decir nada. Después del segundo vuelve a empezar la misma historia, y así los sufrimientos de Champoune no tienen fin.

Antón Tchekhov



EL DESTRUCTOR

—Satterfield en *The Day* (New London)

La Administración de PANDEMÓNIUM suplica a los suscritores de los pueblos donde no hay agente para el cobro, se sirvan mandar a cancelar sus recibos de suscripción directamente a esta oficina, para no interrumpir el envío de la Revista.

Las nuevas armas de la guerra naval

El torpedo cañón

1.—Evolución del torpedo automóvil

La mayor parte de los sistemas de torpedos automóviles han sido solamente utilizados en las maniobras navales de las grandes potencias. Las

minas submarinas, en forma de torpedos anclados y flotantes, activos o pasivos.

La preponderante eficacia de la mina submarina en aquel entonces, patentizó la necesidad de perfeccionar

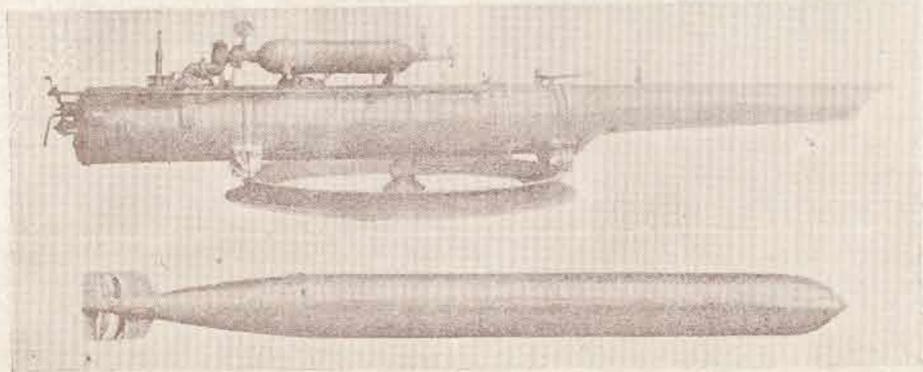


Fig. 1ª—Tubo lanzatorpedos, de puente, y torpedo de acero al níquel, con aparato de calefacción. sistema Gesztesy-Schwarzkopff

esperanzas que los resultados obtenidos en los simulados combates de las grandes maniobras habían hecho concebir a los técnicos, sobre el formidable poder destructor de estos proyectiles, se vieron defraudadas al aparecer un *casus belli* que permitió comprobar trágicamente su eficacia real: la guerra ruso-japonesa de 1905.

Las crónicas de aquella cruenta campaña ponen en evidencia los pocos blancos conseguidos por los torpedos, sin que por otra parte los buques alcanzados se vieran condenados al fatal naufragio, pronosticado teóricamente, librándose con averías de mayor o menor importancia que pudieron repararse luego. Ambas potencias belligerantes, por otra parte, perdieron varios buques de guerra vulnerados bajo la línea de flotación, pero a causa del efecto fulminante de potentes

esencialmente el torpedo automóvil, aumentando su velocidad, alcance e intensidad de carga.¹

Como es sabido, el torpedo automóvil modernamente generalizado, es, en síntesis, un proyectil fusiforme (fig. 1ª) que disparado por un tubo lanzatorpedos, bajo la fuerza expansiva de un gas comprimido (fig. 2ª), se sumerge en el agua tras una breve trayectoria en el aire, y avanza entonces durante cierto tiempo, impedido por una o más hélices posteriores, y conservándose a una profundidad previamente fijada. La figura 3ª muestra el lanzamiento de un torpedo en la costa de tiro alemana de Höruphaff (isla de Aisen).

¹ Véase sobre este punto un interesante estudio del capitán alemán M. Becker, «Der heutige Stand der Torpedowaffe», aparecido en la revista «Die Flotte» (año 1912, N.º 10, págs. 109).

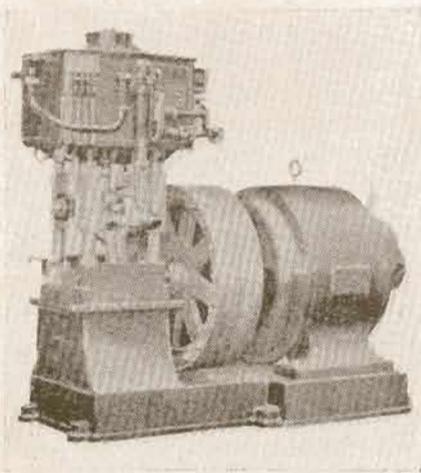


Fig. 2ª—Compresor eléctrico, de marina, para presiones de 200 kg. por cm.²

El torpedo va provisto en su cabeza de una espoleta, que al chocar contra un obstáculo que se oponga a su camino, provoca la explosión de una poderosa carga.

Interminable sería la enumeración circunstanciada de los distintos tipos de torpedos ideados en los últimos veinte años, pero a pesar del predicamento fugaz de que han gozado en distintas naciones sistemas más o menos ingeniosos, puede decirse que casi todos los sistemas en boga hasta hace poco, son simples modificaciones del tipo clásico *Whitehead*.

El torpedo puede considerarse divi-



Fig. 3ª—Lanzamiento de un torpedo en la costa de tiro alemana, de Horup

dido longitudinalmente en tres compartimentos. En el anterior se emplaza la carga explosiva, los mecanismos de disparo y frecuentemente los de regulación de profundidad (tipo *Whitehead*). El compartimento central, que es el de mayor cubicación, contiene el acumulador de fuerza, constituido generalmente por un depósito de aire comprimido a alta presión, aunque en algún tipo de aparición reciente, empleado sobre todo en Alemania, se utiliza una mezcla de vapor de agua y aire comprimido. El compartimento posterior encierra el motor - de émbolo en unos modelos y centrífugo en otros—y los aparatos de rojería destinados a detener la marcha del motor y a desactivar el torpedo si no da en el blanco, provocando su hundimiento en el momento oportuno para que no sea un peligro para la navegación.

Los torpedos navegan de ordinario a profundidades de 2 a 4 m. El mecanismo regulador de profundidad generalizado es de concepción simple e ingeniosa por demás. En la pulida superficie del torpedo desembocan unos pequeños conductos que comunican con la cámara de una bomba, cuyo émbolo, antes de la inmersión del torpedo, está mantenido en el extremo de la carrera mediante unos resortes de tensión graduable. Cuando el torpedo se sumerge, el agua se introduce por los conductos mencionados y pasa a la cámara de la bomba, desplazando el émbolo una cierta cantidad, contrarrestando la acción de los resortes. El desplazamiento del émbolo se aprovecha, mediante un sistema de varillas articuladas, para variar el ángulo de ataque de un timón de profundidad dispuesto en la parte posterior del proyectil. Naturalmente, a cada tensión dada inicialmente a los resortes, corresponde, para la misma posición del émbolo, o lo que es lo mismo, del timón de profundidad, una determinada presión del agua que rellena la cámara, o sea una determinada profundidad de navegación.

Con todo, la sola acción de este regulador de profundidad, dada la velocidad del torpedo, le imprimiría un

movimiento de cabeceo bastante pronunciado, perdiéndose parte de la potencia motriz en el recorrido de una trayectoria ondulada. Se salva este inconveniente combinando la acción del émbolo con la de un péndulo amortiguador. Este péndulo amortiguador está enlazado con el sistema de varillas articuladas que gobierna el timón de profundidad, de manera que a la posición horizontal de éste, corresponde la vertical de aquél, o sea la posición de equilibrio. De este modo, cuando, por ejemplo, por haberse elevado demasiado la presión en la cámara de la bomba, el torpedo tiende a ascender, la parte delantera se eleva más que la posterior, inclinándose con esto el péndulo y tendiendo a horizontalizar nuevamente la posición del timón. Con esto se consigue que el torpedo describa en su trayectoria, una línea ondulada cuyas ondas son de amplitud y longitud mucho menores que primitivamente, y la cual se aproxima bastante a la trayectoria ideal: la recta horizontal.

El motor del torpedo se pone en marcha automáticamente en el acto del disparo, abriéndose la llave de admisión de aire. Cuando conviene limitar la trayectoria, se gradúa convenientemente el mecanismo de relojería encargado de cerrar la entrada de aire y de abrir las válvulas que dan paso al agua en las cámaras flotadoras, provocándose a un alcance dado el hundimiento del torpedo. El mecanismo regulador, sirve asimismo en las maniobras navales para desactivar, detener y sacar a flote los torpedos de ensayo, a fin de que puedan ser recogidos de nuevo, pues, constituyendo delicados aparatos de precisión, su precio alcanza algunos millares de pesetas.

Entre los tipos que se han distinguido por alguna originalidad de concepción, debe citarse el *Howell*,

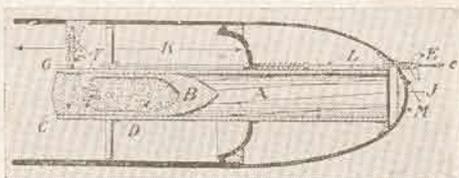


Fig. 4ª - Detalle de la cabeza de un torpedo cañón

adoptado temporalmente por los Estados Unidos, cuyas dos hélices están impulsadas por la fuerza viva almacenada en un volante, que actúa a la vez como giróscopo y mantiene el proyectil en el plano de tiro. En el tipo inglés *Berdan*, el motor estaba accionado por la combustión de una substancia explosiva.

Los resultados alcanzados hasta la fecha con los torpedos dirigibles no son demasiado satisfactorios. El tipo *Sims Edison* está mantenido a la profundidad constante de 2 m. mediante un flotador; el motor es eléctrico y recibe la corriente desde tierra, con la cual está en comunicación mediante un doble cable, uno de cuyos hilos obra sobre los mecanismos de dirección. El mal llamado torpedo radio-automático, inventado por Mr. Gavet en 1910 y que construía la casa francesa *Schneider*, parece haber caído en desuso. Tenía 9 m. de longitud, conteniendo una carga de 900 kg. de explosivo. La dirección a distancia se alcanzaba por ondas hertzianas.

La experiencia adquirida en la guerra ruso-japonesa, ha impulsado el perfeccionamiento del torpedo automático en estos últimos años. Según el

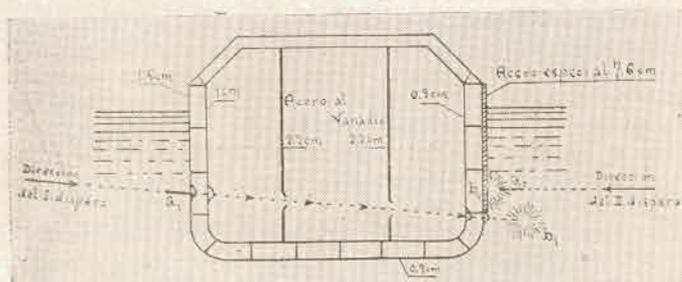


Fig. 5ª - Representación esquemática de las pruebas norteamericanas de un torpedo-cañón

anuario de la marina inglesa («Naval annual-1912») el alcance, que antes no pasaba de 800 m., se elevó ya en 1912 a 5,000 m., corriendo el torpedo a la velocidad de 27 millas por hora, mientras que para un alcance de 1,000 a 1,500 m. podía incrementarse la velocidad hasta unas 40 millas. Este aumento de alcance, fruto del perfeccionamiento del motor, se consiguió a expensas del aumento del calibre. Los torpedos más empleados no ha mucho tiempo, eran de un calibre de 45 cm., de unos 6 m. de longitud y 1,000 kg. de peso. Hace unos cinco años los Estados Unidos introdujeron el calibre de 53 cm., adoptado después por Inglaterra. Oficialmente, Alemania no ha rebasado el calibre 50 cm., pero en distintas naciones se han ensayado secretamente enormes torpedos de 60 cm., que entrarán ya probablemente en juego durante la guerra actual.

Mientras tanto, corriendo parejas con el progreso de la técnica torpedista, se ha desarrollado la del acorazamiento y defensa de los buques de guerra, con el empleo de cañones contra torpederos, para imposibilitar la acción de éstos; redes protectoras para detener los torpedos antes de alcanzar el casco; blindajes bajo la línea de flotación considerados antes como superfluos; dobles paredes subdivididas para localizar el efecto de las explosiones; compartimentos estancos para asegurar a todo trance la flotación del buque o permitir la libre expansión de los gases desarrollados en las explosiones; etc.

Contra las redes protectoras, cuyo empleo, por otra parte, se halla restringido a los buques anclados y no es adaptable a las pequeñas naves, se han ideado los corta-redes, especie de tijeras colocadas a la cabeza de los torpedos, con la misión de desgarrar las redes, franqueando un paso para que alcancen el casco de los buques.

A pesar de esto, en la lucha sempiterna entre el proyectil y el blindaje, se había llegado otra vez a un punto muerto, por no realizar el torpedo la obra a que se le destinaba, o sea, provocar fatalmente el naufragio del bu-

que alcanzado, dejándolo en la mayoría de los casos tan sólo fuera de combate.

II.—El torpedo Davis

En este punto, hace tres años, un oficial de marina norteamericano ideó un nuevo proyectil, destinado seguramente a revolucionar la técnica torpedista, conocido por *torpedo-cañón*, o por el nombre de su inventor: Cleland Davis. Los ensayos llevados a cabo en 1911 por el Departamento de Marina de los Estados Unidos, de que se ocuparon «Scientific American» y «Engineer» evidenciaron el formidable poder aniquilante del nuevo elemento de combate. La idea del *torpedo cañón* fué sugerida a Davis al observar que en el momento de la explosión, junto al casco de los buques, de los viejos torpedos que gastan instantáneamente su energía total, eran proyectadas al aire gigantescas columnas de agua. Como se comprende, la energía correspondiente a los centenares de toneladas de agua elevada, representa el consumo de una parte de carga considerable, sin contribuir directamente al efecto de destruir el casco, a que se destina. Ofreciendo el agua a la acción explosiva una resistencia indefinidamente menor que el blindaje de los acorazados, siempre que la explosión de los torpedos se efectúe lateralmente al casco, gran parte de su fuerza quedará sin acción. Partiendo de estas consideraciones, Davis trató de consumir la energía en dos tiempos y elevar a un máximo el efecto destructor, destinando una pequeña parte de aquélla a perforar la pared del buque y el resto a aniquilar la vida interna, llevando la muerte al mismo corazón del acorazado. Este es el principio del *torpedo-cañón*.

La (fig. 4^ª) detalle de la disposición interna de la cabeza de este proyectil, muestra claramente la práctica plasmación del principio. El resto del aparato no se diferencia esencialmente de los torpedos ordinarios. El *torpedo-cañón*, empleado en los ensayos antes mencionados es del calibre

45,7 cm. El cañón propiamente dicho es de acero al vanadio, de 182,9 cm. de longitud, con paredes de 1,3 cm. de espesor y 20,3 cm. de calibre. La culata viene incrustada en el depósito K (fig. 4^a) de aire comprimido y

Departamento de Marina, se elevó la velocidad de salida a 304,8 m. por segundo; el peso de la granada a 132,9 kg. y su carga interior a 18,1 kg. Después de los ensayos, el cañón no presentó la menor deformación, por

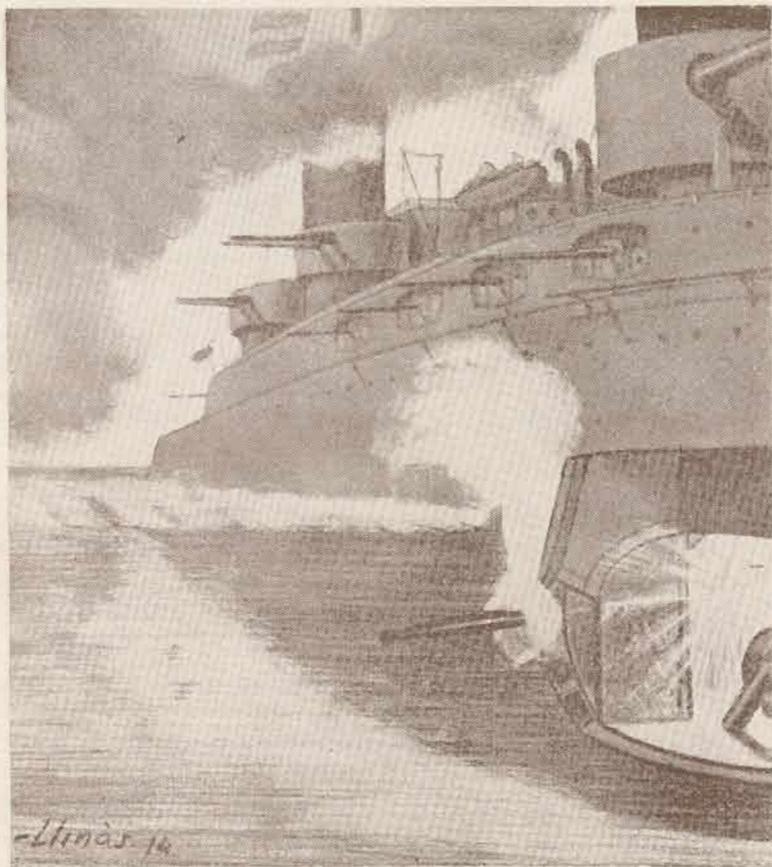


Fig. 6^a—Efecto de un torpedo-cañón disparado contra un acorazado

la boca va cerrada herméticamente por un delgado obturador *J*. La granada *B* empleada en los primeros ensayos privados, pesaba 97,5 kg., conteniendo una carga de 15,5 kg. La carga del cartucho *C* consistía en 4 kg. de fulmicotón, capaz de imprimir a la granada una velocidad de salida de 269,7 m. por segundo. La fuerza de penetración calculada debía bastar para atravesar un blindaje de acero de 11,4 cm. En los últimos ensayos del

lo que sería posible intensificar aun la carga, aumentando así la velocidad de salida.

El obturador frontal cierra herméticamente hasta que el torpedo da en el blanco, en cuyo momento se abren los dos orificios *M* y se facilita el escape de los gases del disparo y la entrada de agua. La espoleta *L* del torpedo, como de ordinario, es de seguridad, armándose automáticamente durante la marcha, por el movi-

miento de la pequeña hélice de reacción E , que impulsada por la contracorriente líquida se destornilla hasta el punto extremo e , permitiendo de este modo el retroceso de la espoleta al chocar con el blanco. La espoleta L hace girar la palanca de escape F que provoca el disparo del gatillo G y la inflamación del cartucho. Para la carga del cañón, la cabeza del torpedo es fácilmente desmontable.

La primeras pruebas de tiro, verificadas contra una barcaza de acero, evidenciaron que el torpedo-cañón desarrolla la totalidad de su efecto, a pesar de que el buque atacado esté provisto de red de protección, pues aunque el torpedo queda detenido en la red, el cañón se dispara, y la granada, después de atravesar la capa de agua, perfora el casco haciendo explosión en el interior del buque.

La figura 5ª muestra esquemáticamente los ensayos finales realizados a últimos de 1911 por el mismo Departamento de Marina. Se utilizó en ellos un pontón de acero de paredes dobles, subdividido por dos tabiques interiores de acero al vanadio de 2,2 cm. de espesor, y blindado en el costado derecho con plancha de acero de 7,6 cm. El primer disparo se dirigió desde la izquierda; chocó el torpedo, se quedó en a , y partió el cañonazo, atravesando la granada b , sucesivamente la banda izquierda, los dos tabiques interiores, y la banda derecha, estallando en el agua a poca distancia del pontón. En el segundo disparo, dirigido con-

tra la banda acorazada, se descargó el cañón, pero la granada no llegó a atravesar el blindaje, agrietándolo con todo y provocando el hundimiento de la barcaza.

A pesar de no haber estallado ninguna granada en el interior, en lo cual estriba la temible eficacia del torpedo Davis, y a causa, en el primer disparo, del reducido ancho del pontón, se patentizó en estos ensayos que el cañón de calibre 20,3 cm. basta para atravesar la red protectora, una doble pared y un blindaje de 5 cm. ¹

El dibujo de la fig. 6ª representa convencionalmente el efecto de un torpedo cañón disparado contra un acorazado, alcanzándolo debajo del blindaje y estallando la granada en la sala de calderas.

A pesar de la reserva que guardan las potencias sobre los últimos modelos de sus elementos de combate, es de suponer que más de un estado europeo, siguiendo el ejemplo de los Estados Unidos, cuenta actualmente con torpedos de este tipo, y es de temer que la guerra actual les reserve la explicación de anunciadas tragedias, que evidenciarán una vez más el valor mítico de la idea, tan estúpida y generalmente admitida, de que el perfeccionamiento de los instrumentos de guerra nos acerca a la anhelada paz en la tierra entre los hombres de buena voluntad.

R. Campalans,
Ingeniero.

(De la Revista *Ibérica*).

El mejor surtido de Felicitaciones para Pascuas
y Año Nuevo, está de venta en la Librería Alsina

CHRISTMAS CARDS

The best assortment of Christmas and New
Year's cards is for sale in the Librería Alsina



Página de duelo

Alejandro Troyo

† el 17 de noviembre de 1914



EL hogar del cumplido caballero don Ramón Troyo y su muy estimable señora esposa doña Benilda Monestel de Troyo, han pasado por la profunda pena de perder a uno de sus hijos, víctima de un accidente casual y doloroso.

Alejandro Troyo Monestel era un joven dotado de excelentes cualidades, lleno de vida, de constitución fuerte, y dispuesto siempre para el trabajo; llevaba en su frente con legítimo orgullo el ejemplo de su padre, y sus estudios, tanto en la escuela primaria como en el Liceo de Costa Rica, tuvieron siempre la aprobación unánime de sus maestros y profesores.

La muerte le sorprendió cuando trabajaba cumplidamente en la casa editora de esta Revista, en donde siempre se distinguió por su actividad y su amor al trabajo.

Su muerte fué generalmente sentida en toda nuestra sociedad, la que se cubrió de luto, y puso en su féretro un túmulo de flores como recuerdo de cariño al joven muerto.

Al consignar esta triste noticia en las páginas de esta Revista, nos hacemos partícipes del duelo social, para consignar nuestras muestras de condolencia a la familia doliente, especialmente a su señor padre don Ramón Troyo, su madre doña Benilda de Troyo, y sus hermanos Roberto, Guillermo, Daniel y Raúl.

De mis lecturas

Leyes de la versificación castellana

(Conclusión)

En el capítulo quinto analiza Jaimes Freyre las diversas maneras de combinar rítmicamente períodos prosódicos análogos, es decir, todos de un número de cifras par o todos formados por una serie impar de elementos. Esta manera de formar las cláusulas rítmicas fué introducida en nuestra lengua por los petrarquistas del siglo XVI, antes de los cuales, con pocas excepciones, se hacían solamente enlaces de períodos iguales puros o compuestos. En el Archipreste, por ejemplo, encontramos el siguiente que es una combinación de un período pentasílabo puro con uno heptasílabo:

Mando'l león al lo/bo con sus uñas derechas

A juicio del poeta boliviano la factura de versos de esta especie implica mucho arte y mucha lectura, por eso fué por lo que el endecasílabo italiano encontró tanta resistencia al ser ensayado por el Marqués de Santillana y, más aún, al ser adoptado como elemento importante de nuestra versificación por Boscán y por Garcilaso.

Es dicho endecasílabo una de las formas más artísticas de nuestra poesía, puede resultar de la reunión de un período exasílabo con un tetrasílabo como lo observamos en los que forman el soneto *Artifex ignotus* de Leopoldo Díaz:

*arde como una lám/para mi vida
cuando labro en el ver/so una escultura
y en el aza del án/fora—¡oh locura!—
vierte sangre de ensue/ño mi alma herida.*

Otras dos formas de hacerlo consisten en reunir dos períodos tetrasílabos con uno disílabo o uno de cuatro con otro de seis sílabas. Vemos estas disposiciones, respectivamente, en los siguientes versos:

*la forma pura, | el armonio/so vaso.
y en nuestro sí/glo con rui/nor/sonoro.*

ambos tomados de la bella poesía *Triunfo del soneto* del citado Leopoldo Díaz.

Toda combinación de períodos análogos da versos agradables y armoniosos; los de tres con los de cinco, los de uno con los de tres, los de cinco con los de siete, forman cadencias deliciosas así como los de cuatro y de seis, los de dos y de cuatro notándose, eso sí, una grande diferencia en el ritmo producido, con un mismo número de sílabas, por la reunión de períodos análogos pares o por el enlace de períodos impares. Basta la comparación de los dos versos siguientes para apreciar la diferencia anotada, diferencia que destruye en mucho la armonía de la composición:

*entonan las bellísimas en coro (6-4)
cantos triunfales, endechas de oro, (7-3)*

Por último, antes de hacer un resumen de su arte métrica conforme a las originales ideas establecidas en el curso del libro, Jaimes Freyre dedica un capítulo al estudio de los versos formados por períodos prosódicos diferentes, o sean los hechos con grupos desiguales de sílabas, pares unos, impares otros. La prosa es el resultado del enlace de varios períodos diferentes; sin embargo es posible obtener estrofas agradables con elementos que son, en general, muy poco armónicos: resultan versos sin compás, sin melodía y sin armonía pero que reunidos en estrofas pueden darnos la idea de un ritmo lejano; naturalmente para conseguir este resultado el poeta debe mantener la misma combinación en todos los versos de la estrofa para que

el oído ejerza su memoria privilegiada y descubra el ritmo que, aunque lejano, existe. Ejemplo de ese arreglo obligatorio nos lo da el mismo Jaimes Freyre con estos versos formados por dos períodos tetrasílabos y uno pentasílabo final:

*Sigo a la nave que vaci/la sobre las olas
oigo a los vien/tos que se que/jan entre las*
[jarcias
y sobre el más/til veo posar/se a las gaviotas...

Naturalmente esos versos sin compás y con ritmo lejano no pueden ser apreciados, en su verdadero valor, por los oídos incultos que sólo encuentran placer en los formados por un único período o por la reunión de cláusulas prosódicas iguales. Muchos de los poemas que el inspirado autor reunió en su *Castalia Bárbara* están constituidos por períodos prosódicos diferentes. Jaimes Freyre al considerar que no han tenido imitadores, afirma que este hecho implica un rudo argumento en su contra. No es cierto; si no han sido imitados es porque no es tan fácil hacerlos y porque nuestros innumerables versificadores no se atreven a ejercitar sus capacidades líricas en tan reducido horizonte; para ellos los ritmos fáciles, la rima más fácil aún, el sonsonete fastidioso, lo demás le está completamente vedado a su estro poético.

Analicemos ahora la teoría de Jaimes Freyre en cuanto se refiere a las combinaciones de los versos según el ritmo que poseen. Observa y con mucha razón—poniéndose frente a quienes afirman que los versos parisílabos sólo pueden combinarse con parisílabos—que el endecasílabo dactílico combinado con el endecasílabo heroico o con cualquier otro verso parisílabo como el exasílabo, por ejemplo, produce algo antirítmico, nótese en la siguiente combinación:

*tu los olvidas si ves al que adoras
besarte las mejillas*

Por el contrario resulta armoniosa la siguiente reunión de un verso de un número par de sílabas con otro im-

*llegan en alas del viento
risas y cantos de bellas señoras.*

Otra afirmación que considera errónea, como en efecto lo es, es la de que los versos, para que resulten armoniosos, deben combinarse solamente con sus respectivos quebrados.

No es difícil citar bellas combinaciones de penta, hepta y endecasílabos que, como se sabe, no son quebrados unos de otros. Estas combinaciones resultan armoniosas porque los versos que las forman están constituidos por períodos prosódicos pares. Recordemos una de las *Rimas*, la cuarta, de Gustavo Adolfo Becquer en donde aparecen combinadas las tres clases de versos a que aludimos:

Mientras sentirse puedan en un beso
[endeca, 6-4]
dos almas confundidas
[hepta, 6]
mientras exista una mujer hermosa,
[endeca, 4-6]
habrá poesía!
[penta, 4]

Luego, es cierta la teoría de Jaimes Freyre: son armoniosas las mezclas de versos de períodos iguales o análogos siendo antirítmicas las de cláusulas prosódicas diferentes las cuales sólo poetas verdaderos pueden hacer para que con su ritmo lejano logren halagar el oído.

Son modernas las estrofas formadas por versos desiguales pero con períodos prosódicos iguales; basta recordar, de la *Marcha triunfal* de Darío, la primera frase que no es sino la reunión de un verso de dos cláusulas disílabas compuestas con otro verso de cinco y otro de cuatro disílabos también compuestos:

*Ya llega el—cortejo,
Ya llega el—cortejo,—ya se oyen—los cla—*
[ros—clarines,
la espada—se anuncia—con vivo—reflejo;

Los versos desiguales formados por períodos análogos se conocen en la versificación castellana desde tiempos lejanos, así en el Archipreste citado encontramos:

sufro gran mal [período tetrasílabo]
syn merescer a luerto,} [exasílabo]

*esquivo tal,
porque pienso ser muerto
mas ¡tú me val!
que non veo ál
que me saque a puerto*

(tetrasílabo)
(exasílabo)
(tetrasílabo)
(tetrasílabo)
(exasílabo)

Una de las más bellas combinaciones de versos desiguales con períodos análogos es la formada por los endecasílabos con penta y heptasílabos como el que cité más arriba de Becquer.

En resumen: la medida silábica de los versos no influye en la armonía de la estrofa, siendo, por el contrario, de grande valor la medida silábica de los períodos prosódicos. Esta afirmación que es una ley verdadera de la lírica española necesariamente debe aceptarse puesto que los versos, digámoslo usando la frase unamunesca, no se hacen con los dedos sino con el oído. Esa ley junto con la otra que dice: los versos se combinan armoniosamente cuando los períodos prosódicos de todos ellos sólo son pares o sólo son impares, forman la base fundamental de la teoría de Jaimes Freyre en lo que se relaciona con la formación de las estrofas.

En el capítulo sétimo se estudia lo que se refiere a la escala rítmica formada, según el autor, por:

a) versos iguales de un solo período prosódico cada uno; a esta clase indudablemente pertenecen todos los versos de arte menor, son los más aceptados por el vulgo como se puede notar en las seguidillas gitanas, en las soleás, en las soleariyas, en las alegrías, en fin en todos los grupos de versos populares.

b) versos iguales de dos períodos prosódicos iguales cada uno; en esta sección pueden colocarse todos los formados por tres o cuatro períodos iguales.

c) versos de un único período combinados con otros de una sola cláusula también pero no iguales sino análogos:

*Que por qué no te echo flores
después que me has dado un beso?
Pues por eso...*

(BARTRINA)

d) versos formados cada uno por dos o más períodos análogos:

*al beso de la luz sobre su espalda,
con relámpagos de oro y esmeralda,
se ruboriza la inviolada espuma.*

(LEOPOLDO DÍAZ)

Este tramo cuarto de la escala rítmica implicó, al aparecer, el paso de la melodía a la armonía; debido a eso, como dije ya, se le hizo una guerra tan encarnizada al endecasílabo y debido a eso también el eneasílabo francés (un período trisílabo y uno pentasílabo) no ha sido apreciado en lo que merece:

*de las dulces idolatradas
en las celdas sólo adornadas.*

(JOSÉ ASUNCIÓN SILVA)

*La princesa, ya enamorada
narra al príncipe los ensueños
que embellecen su juventud.*

mientras el eneasílabo corriente (dos períodos tetrasílabos) tiene tantos cultivadores:

*ojos radian/tes como el cielo,
que un misterioso y casto anhelo
llena de albo/res y de luz.*

(OLAGUIBEL)

Los de dos o más períodos análogos permitieron el nacimiento de nuevas combinaciones con versos de un solo período análogo al de los primeros; dieron lugar, entre otras importantes estrofas, a la lira y a la silva:

*los rebaños de gracia de la vida
de noche se aposentan
bajo su techo, y yo, /casi dormida,
tes oigo como alientan.*

(MARQUINA)

*Cuántas veces la vi, /como en un sueño,
fijar en mí sus ojos,
y aparecer /en su mejilla pálida
misteriosos y pá/dicos sonrojos!
Cred que nuestras al/mas se mandaban
algo como un saludo,
y en tristes confiden/cias entablaban
algún diálogo mudo...*

(LUIS G. URBINA)

De estas combinaciones no fué difícil pasar a los versos sin rima, los versos blancos, puesto que la armonía que poseen los períodos prosódicos análogos hace innecesario el apoyo de la rima. Todo verso blanco, aunque

carezca de la belleza de la rima, posee una armonía preciosa que es imposible despreciar cuando se mira con ojos desposeídos de prejuicios y cuando se escucha, no los consonantes y los asonantes, sino la armoniosa disposición de los períodos prosódicos. Un verso blanco, a veces, es más bello que uno rimado y sin duda alguna vale más porque, no teniendo el concurso efectista de la rima, necesariamente debe poseer cualidades más valiosas que puedan sustituir con ventaja a los consonantes. Los enamorados de la rima, como muy bien lo observa Pérez y Curis en su *Arquitectura del Verso* no pueden ensayar el verso blanco porque fracasan siempre; de ahí el odio especial que demuestran hacia él, odio que los lleva a despreciar, injustamente, frases líricas saturadas de una armonía majestuosa.

*Agua de manos blandas y livianas,
agua maravillada, agua de riego!...
Con frase de niño que refresca
los áridos pensares del abuelo
y le ablanda durezas del espíritu,
así vas penetrando en el sembrado
y haces tuya la tierra: te agradece
el terrón, y los brotes te hacen sombra
con ingenua insistencia, porque no halles
tan caluroso el sol; y te saludan
con temor infantil aquellos tallos
todavía distantes... y tú sabes
que gravita en el aire un regocijo
y una inmensa ternura; y nada dices
que son los hijos tuyos!*

*Agua, corre
y fecunda este valle, y pon tus labios
en todas las raíces: tú refrescas
el corazón del campesino; agrandas
sus ocultos monólogos, y abrigas
de santidad su aspiración. Son hondos
tus rumores para él, pues que le saben
a encantos de arboledas, a cercanas
desenvolturas de hojas, a visiones
de creceres continuos, y le enruelven
en un sonar de espigas el espíritu.
Vienes a ser impulso en su latido:
verdura y claridad en su esperanza:
acelerada sangre, en el abrazo;
calor de besos, y arrullar de canas.*

*Algún grano de trigo saldrá un día
de estos endebles tallos que hoy empapas
a contar en las hostias el milagro
continuo de tus dedos ferrosos.*

(ERNESTO A. GUZMÁN)

e) versos formados cada uno por dos o más períodos prosódicos dife-

rentes, conservándose en todos la misma combinación; son los versos más difíciles de hacer porque obligan a mantener una lejana concordancia de acentos; sólo los poetas, como el mismo Jaimes Freyre, a quienes halague la vaga y misteriosa belleza de su ritmo a distancia y a quienes nada importe el murmullo odioso del misoneísmo intransigente, sólo ellos pueden cultivarlo con amor seguros de que las disposiciones que introduzcan de contrabando, pueden llamarse así, serán más tarde apreciadas en la forma a que tiene derecho su perfección.

f) por último tenemos los versos formados cada uno por dos o más períodos prosódicos diferentes sin que en todos ellos se conserve la misma disposición.

En este grupo es preciso colocar el verso libre o polimorfo; antes de analizarlo, el autor establece las tres diferentes formas a las que se da tal nombre. En primer lugar rechaza aquellas poesías en las cuales los acentos rítmicos caen sobre sílabas no acentuadas prosódicamente puesto que al lector no se le puede imponer una prosodia diversa de aquella a la que está acostumbrado. En segundo término observa que no pueden llamarse versos libres los que, como el *Nocturno* de Silva están formados por versos largos de un número indefinido de sílabas que conservan, eso sí, un ritmo primordial. En justicia, tales versos no son sino una aplicación directa y aceptable de las leyes de las combinaciones de los períodos prosódicos iguales o análogos.

Para Jaimes Freyre verso libre es únicamente aquel en el cual se mezclan sin orden alguno versos de períodos prosódicos diferentes:

*La brocha, en tanto,
nevaba su sedosa espuma
con el encanto
de una caricia de pluma.
De algún redil cabrío que en tibiezas amigas,
aprontaba al rebaño su familiar sosiego,
exhalaban un perfume labriego
de polen almizclado las boñigas.*

(LEOPOLDO LUGONES)

y lo compara, de una manera muy bella, con respecto al verso corriente y a la prosa, con el orden compuesto en la arquitectura, pues posee elementos fundamentales de uno y de otra constituyendo una creación aparte. Según Lugones el verso libre atiende principalmente al conjunto armónico de la estrofa subordinándole el ritmo de cada miembro; para Rubén Darío es el que no obedece a la ley musical del que le antecede ni a la del que le sigue. Jaimes Freyre que es uno de los más acertados versolibristas hispanoamericanos cree inadecuados los nombres de verso libre, verso amorfo o polimorfo, prosa poética, prosa rítmica con que se suele indicar esta forma lírica y propone el de arritmo que, a su juicio, le conviene mejor.

La arritmía es merecedora de estudio puesto que, aunque carezca en absoluto de cadencia, hay en ella elementos valiosos que no son merecedores del desprecio con que algunos los tratan considerándolos desde un punto de vista unilateral. Del verso tienen los arritmos, el estilo poético, el recurso de las pausas que usadas con habilidad le dan a veces mucho encanto, y, además, tiene la rima; por otra parte, de la prosa, conserva el derecho de colocar arbitrariamente las sílabas mezclando los períodos prosódicos puros y compuestos en la forma que más agrade. Y como si eso no bastase para darle valor, al arritmo le pertenece la cualidad importantísima de poder crear sus diversas unidades de acuerdo con las ideas que trata de expresar, de acuerdo con las figuras que usa, de acuerdo con la lógica. Es el verso libre un artífice que se va modelando con amor la forma propia pues cada idea, al desprenderse del mármol de la estrofa lleva sus contornos correspondientes que no son los mismos para todas, así como los contornos de una ola no son iguales a los de otra puesto que cada una lleva en sí una fuerza viva que la impulsa a encres-

parse más o a tenderse mutuamente sobre las arenas de la playa.

Los arritmos bien hechos han conseguido tener la serena majestad de la prosa y la armoniosa belleza de los versos sin ser prosa y sin ser verso. De eso no es posible dudar; basta leer, como se debe, la vibrante *Oda Salvaje* de José Santos Chocano de la cual entresaco estas dos estrofas:

*Jaula florida de pájaros sinfónicos,
eres como el fantasma de una orquesta:
sinsones y turpiales
ponen en tus oídos estupefactos músicas nue-
[vas;*

*y solamente mudo
el quelzal heráldico te atormenta,
arcoirisando el símbolo de sus largas plumas
sobre las sienes de una gran raza muerta...*

*Tus mariposas azules y rosadas
se abanicán como damas coquetas;
tus cantáridas brillan
como las talismánicas piedras
incrustadas en las empuñaduras
de las espadas viejas;
tus chicharras se hinchan clamorosas
en una fiebre de pitonisas coléricas;
y en la pesadilla
de tus noctámbulas tinieblas,
se confunde
el pestañeo de las luciérnagas
con el temblor azufrado
de las pupilas satánicas de las fieras...*

Tal es, la interesante teoría de la versificación castellana que presenta Jaimes Freyre al análisis de los poetas y críticos de España y de América. Su concepción es de las más interesantes y originales en lo que se refiere a nuestra lengua y merece, por eso mismo, un estudio detenido y bien documentado de cada una de las partes de que consta su teoría, estudio que queda apenas esbozado en este juicio crítico hecho con la única intención de vulgarizar, por medio de PANDEMÓNIUM, los principios fundamentales de una nueva ley de la versificación española establecida por uno de los más cultos e inspirados poetas de la América latina.

José Fabio Garnier

San José, Costa Rica, 1914.

Criminalidad Social

El suicidio en los niños

Conversación en el Centro de Instrucción y de Recreo de la provincia de Heredia en la noche del 21 de setiembre de 1914 por LUIS CASTRO SABORIO.

SEÑORES:

Recibí una amable invitación de la directiva de este «Centro de Instrucción y de Recreo» que está llamado a prestar muchos y valiosos servicios a la comunidad, para que pronunciara una conferencia sobre «Criminalidad infantil».

Presento mis agradecimientos a la honorable directiva, por la inmerecida distinción que me ha hecho, y advierto que está muy lejos de mí, creer que sea una conferencia lo que les traigo, sino el deseo de conversar con mis benévolo oyentes, no acerca de la criminalidad infantil, que podremos hacerlo en otra ocasión, sino sobre otro tema para mí de mayor importancia: «la criminalidad social», que envuelve los problemas de la primera. Porque han de saber ustedes que cada uno de nosotros, como coasociado, es de cuando en cuando sorprendido con la imposición de una pena, que no está en ningún Código; que no tiene atenuantes y que recae a cada paso, de manera inevitable y fatal al parecer, sobre nuestro corazón, y se fija indeleblemente en nuestro recuerdo.

Me refiero a lo que se conoce con el nombre de desgracias de familia, que no están catalogadas como los delitos en un Código y que sin embargo, muchas veces constituyen verdaderos delitos a cuya formación hemos contribuido y con nosotros el Estado entero. La pena en este caso, es remordimiento, pero de otra índole que la del criminal. Porque éste teme aquella y por eso se arrepiente; mientras que el otro dolor, es la pena misma

que recae inmediatamente después de cometido el delito.

Me explico:

Ha aparecido en nuestra sociedad un hecho nuevo: el suicidio en los niños. Nos hemos conmovido. Hemos sufrido y sufrido una pena verdadera. Nuestros sentimientos nos llevan a acompañar en su pesar a los desventurados padres, pero nuestra reflexión, a considerar el caso más allá del dolor individual y fijarnos en que tanto los suicidios de niños, como de adultos, como de jóvenes, nos muestran indudablemente, que existe una criminalidad social o como dice Ayarragaray «un índice trágico de patología individual y social».

A la formación de ese estado hemos contribuido nosotros con nuestros vicios personales, con nuestras enfermedades, con nuestros defectos de educación, con nuestra indiferencia religiosa.

A tales causas tales efectos. He aquí los delitos de que antes os hablaba y cuya representación la vemos en los niños escuálidos, tuberculosos, anémicos, epilépticos, locos o anormales física y moralmente.

Cada niño que pasa, es una enseñanza; o bien de la vida normal de sus padres o de sus vicios inmoderados.

Si queremos tener sociedad buena y sana, preocupémonos por difundir conocimientos y verdades, que tocando en la razón de los padres, haga conmoverse su base, el corazón.

Es un crimen dar hijos al mundo a sabiendas de que van a entrar a él con la tristeza de haber nacido,—y

que cuando comprendan la anormalidad que les asiste, en vez de sonrisas y besos, haya en sus bocas imprecaciones y amargor en sus semblantes.

Detengámonos pues un momento en el examen de las causas que pueden traer la degeneración, la anormalidad, el delito y hasta el suicidio en los niños.

«Estamos persuadidos, dice Félix Thomas, de que si antes del matrimonio, los futuros padres conocieran mejor las leyes brutales de la herencia y la necesidad de someterse a una vida normal, no cederían tan fácilmente a los llamados de la pasión y a los cálculos del interés».

Los hijos del amor, del verdadero amor, que es ciego, son los mejores, ellos vienen al mundo con un organismo que vibra con la alegría de la vida y sus padres ven en ellos la personificación de su dicha.

Sus canturreos, son órdenes que el padre obedece y cumple en el yunque del trabajo: son agua fresca que rocía su quemado cutis y que trae al ánimo la calma.

En ese amor se coloran las mejillas que parecen gritos de la vida que se inicia, y se escuchan con deleite las primeras palabras, las primeras frases que son cantos en que el niño cristaliza las emociones sentidas.

En cambio, allí donde no hay amor, la madre puede ser causa de todos aquellos sentimientos de cólera, miedo, pereza, envidia, celos y contrariedad que tuvo durante la gestación y de que el niño en la vida se ve a menudo atacado.

Los antiguos, conocedores de tales efectos, y que tenían por la belleza del alma y del cuerpo, sagrado culto, asistían al niño desde antes de venir al mundo y procuraban a la madre emociones gratas tanto morales como contemplativas.

Es un error suponer al maestro el *único causante de una mala educación*.

La gran responsabilidad reside en los padres a cuyo cuidado están la mayor parte de su vida los hijos.

Es más eficiente la acción de un hogar culto y honrado, que la de una

buena escuela. Porque en el hogar recibe el niño las primeras impresiones, que gravadas en su organismo, le han de servir en la vida para guiarse o para perderse. Si todos comprendiéramos los efectos que producen en los niños nuestro ejemplo y consejo, así como nuestro carácter y conversación, muchos errores evitaríamos y con ello muchos desastres en la sociedad.

Dice Proal, «que el mejor modo de trabajar en la educación de los niños, es educando a los padres por la vulgarización de la higiene intelectual».

* *

Entremos en un hogar: hay varios niños y niñas.

Usted por qué está triste? por qué no juega con sus hermanitos?

Porque mamá no me quiere. Solo a Juan le hace cariños cuando viene de la escuela y me trata con muy mal modo. Además, mis hermanitos no dejan que me arrime a jugar con ellos.

Como se ve la anterior respuesta acusa varios defectos: la preferencia de los padres a determinados hijos: los celos del hijo indiferente: la preponderancia que los otros quieren adquirir o adquieren con respecto al hermano despreciado y la humillación que éste siente con tal actitud.

Por qué esas diferencias que los padres autorizan en su hogar, cuando éste es uno solo y debe ser igual la protección para todos?—«Dejad los niños que vengan a mí», dijo Jesucristo, sin hacer distinciones de ninguna especie.

Ello da origen y cultiva malos sentimientos que más tarde servirán para desunir las familias y guardar rencores incomprensibles aun para los mismos que los sienten, porque entre ellos corre la misma sangre.

El niño así tratado, tiene desalientos que lo hacen desear salir de la casa y aun abandonarla, para buscar por *el mundo otro cariño o su perdición*.

Qué tempestades no se desenvolverán en esos cerebros tiernos, que, faltos de contrapeso moral, sucumben muchas veces o en la cárcel o en el suicidio.

Tú por qué no estudias?

Para que, si no puedo aprender, en casa dicen que soy muy tonto y me tienen como tal. Se burlan mucho de mí y cuando cojo un libro porque tengo deseos de leer, se ríen y me tienen lástima.

Y tú por qué no estudias? siempre te veo jugando sin preocuparte para nada de la escuela.

Ah! yo no necesito estudiar. Con solo darle una pasadita a la lección, ya me la sé.

Eres muy inteligente.

Así lo dicen en casa. Papá se admira de todo lo mío y dice que soy su única esperanza.

Delante de todos tus hermanitos?

Sí señor.

Como se nota, tales defectos son muy corrientes en nuestros hogares, matan dos energías, dos esfuerzos que se pueden utilizar; y en cambio lo que se logra es la formación de dos nulidades, una por hacerle creer que es inteligente y que con eso le basta; y otra porque es muy tonto, siendo quizá menos que los padres y los demás hermanos.

Deben evitarse las clasificaciones en los hogares y velar por el esfuerzo de todos, por educarles la voluntad y por dirigir siempre ésta hacia un fin determinado y sano.

Ambas situaciones enferman la sensibilidad y malean el cerebro del niño, quien se encuentra más tarde, o con el error de sus padres o con el abandono y desprecio sentido.

No va a encontrar en el mundo un apoyo cuyo punto de partida debió haber sido el hogar.

* *

La exagerada severidad de los padres, es tan lamentable y de tan fatales consecuencias, como la debilidad de carácter.

Solo siento decía un inglés, cuando supo el suicidio de su hijo, no haberle hecho nunca sentir la confianza y el cariño que yo le tenía y que mi auto-ridad de padre me impedía manifestar.

Inmenso error. Seguramente esa so-

ledad, ese vacío que tuvo siempre a su derredor aquel hijo, fué la causa primordial de su muerte prematura. Esas severidades romanas ya no se conciben hoy, que el niño se ha hecho rey, el único rey que ordena bajo la amenaza de que si no se le atiende, falsea la sociedad por su base, porque es el futuro ciudadano.

Ya pasaron las distinciones de clases en que sólo los niños ricos eran motivo de cuidados. En que los puestos eran adquiridos por herencia y por supremacía.

Hay que acordarse de que un guardador de puercos puede llegar al papado como Sixto V. y que los nobles pueden ocupar sus porterías.

Y eso lo saben los pueblos. Con esa convicción surgieron las democracias y el progreso de las instituciones exige, que la manifestación del derecho político sea cada vez más consciente.

Debe atenderse al niño pobre como al rico, y si hay diferencia entre ellos por razón de capitales, muchas veces la balanza acusa más peso cuando hay el polvo de oro, de la inteligencia.

Esa severidad moral o inmoral, no sé cómo llamarla, degenera en otros padres en verdadera crueldad.

Los niños mártires en muchas partes son lo que alcanzan mayor promedio en los suicidios.

Se dan la muerte aquellos pobrecitos para escapar a la crueldad de los padres, que no tienen más caricias para ellos, que los golpes, que los gritos roncós y aguardentosos.

En sus cuerpecitos atormentados, queda escrita con tinta acardenalada la historia de su martirio.

No menos peligrosa es la debilidad de carácter en los padres.

El niño mimado, el que se hace obedecer en todos sus caprichos y exigencias, no puede distinguir y formarse una idea exacta del mundo.

Una contrariedad inesperada puede exaltarlo y hacerlo atentar contra la vida de los que le rodean y contra la propia.

Las madres nerviosas, que siempre están pensando que su hijo se les cayó, que se enfermó, que se resfrió etc. et-

cétera, tienen en constante excitación nervioso al hijo, que se cría tímido e incapaz de afrontar los peligros y vicisitudes que se presentan.

Con su timidez, el muchacho, es retraído, demasiado circunspecto y reservado y no puede gozar de la locura de la juventud.

Es un viejo precoz, cuando en realidad debe tratarse de que el niño dure lo más posible en el esplendor y dulzura de la niñez.

«El tímido es a menudo la crisálida de una bella mariposa que, falta del sol y de los cuidados que favorecen su desarrollo, perece miserablemente en su envoltura, en lugar de encantarnos con su gracia y sus brillantes colores». (Yoshitogo Tashi).

Esa debilidad de los padres puede manifestarse también en la falta de dirección moral de los hijos.

«Es muy peligroso dejar a los muchachos gustar los placeres que no son propios de su edad. Pronto se aburren, entristecen y desesperan».

«Los padres deberían retardar lo más posible la aparición de las pasiones y desarrollar más su razón para que comprendan los peligros».

«En lugar de esto, favorecen aquel nacimiento con mil imprudencias, como la lectura de novelas pasionales, la frecuencia a los teatros, el abuso de la música erótica».

Cuántos niños suicidas a causa de pasiones anormales!

Cuántos también por caprichos no correspondidos y deseos no satisfechos de dilapidación de dinero.

* * *

En la familia contribuye a traer la tristeza y la desesperación en los niños, las disensiones domésticas, la crueldad de que antes hablé, el abandono que se hace de ellos, echándolos de la casa, la ebriedad y las escenas consiguientes, los castigos injustos etc.

Todo contribuye a enfermar su sensibilidad y a imaginarse un infierno de este mundo, que lo hace aborrecible y digno de abandonarlo.

Las conversaciones íntimas de la fa-

milia dije en otra ocasión; el cambio de impresiones recibidas y contadas durante las comidas; los conceptos emitidos imprudentemente, delante de los hijos, acerca de las personas cuya amistad se frecuenta; las expresiones depresivas para el enemigo o las alabanzas para el amigo; el renegar ante los hijos, de la suerte y la fortuna; el contarles los reveses recibidos o el declarar ante ellos como un vencido en la lucha y gritarles: no puedo más; todo esto son factores importantes para la educación de los hijos, pues si ellos solo escuchan quejas de quien por la edad y el respeto juzgan superior, tienen necesariamente que amilanarse y desarrollar en su espíritu la timidez para la lucha, y cuando ella llega, considerarse impotentes y sentirse apáticos para todo lo que requiera iniciativa.

Crear así hijos, es restarle a la patria energías.

* * *

Dejemos el hogar y entremos a la escuela.

En ella, es claro, encontramos a primera vista los efectos de una mala educación familiar. Los niños terribles, los tímidos, los coléricos, los perezosos, indolentes, los retardados y anormales.

Pero como en cada medio en que se vive se forma una psicología especial, en la escuela ocurre igual fenómeno y a su formación contribuyen dos factores importantes: el compañero y el profesor.

Si las burlas en la casa pueden pasar desapercibidas por la confianza que en ese lugar se respira, en cambio en la escuela, las que ocurren entre los alumnos, agrían el carácter; y si es un profesor, el que desde su tribuna o en el recreo, o en conversaciones, las profiere, adquiere entonces el recuerdo un carácter imborrable y deprime a tal extremo el ánimo y lo lastima a tal grado, que puede traer consecuencias tan graves, como el abandono de los estudios o el aniquilamiento moral para seguirlos.

(Concluído)

citos porque era preciso, y pagábamos diez veces más para un Ejército extranjero.

Todos y cada uno, hasta el más humilde, han de contribuir a los presupuestos, recordando que hay un Estado que cuida de ellos, y a quien ellos también deben auxiliar, pues sabido es que los mayores beneficios, cuando el hombre los obtiene gratuitamente, no los aprecia. ¿Cómo puede el Estado renunciar a sus presupuestos si le queda todavía por hacer muchísimo en todas las esferas? Mencionaré sólo la de la escuela, porque el destino de ésta es el de protegernos contra los peligros que nos amenazan por las aspiraciones socialistas y comunistas. Pero la escuela no acompaña a la mayoría de nuestra juventud mas que un breve espacio de su vida. Afortunadamente, allí donde cesa la instrucción comienza en nuestro país la educación, y ninguna nación ha disfrutado hasta ahora de educación como la nuestra, merced al servicio militar obligatorio. Se ha dicho que el maestro de escuela ganó nuestras batallas. Pero el saber no basta para elevar al hombre a la altura en que debe estar pronto para sacrificarse por una idea, por el cumplimiento del deber, por la honra de la patria; para eso se necesita la educación completa del hombre. No el maestro de escuela, sino el *Estado educador*, es el que ha ganado nuestras batallas, aquel Estado que viene instruyendo a la nación militar durante sesenta años educándola en el vigor corporal y en la lozanía espiritual, para el orden y la puntualidad, para la fidelidad y la fidelidad y la obediencia, para el patriotismo y el valor. No podéis prescindir del Ejército en la plenitud de su plena fuerza para la obra interior de educar la nación. Y ¿qué diré del exterior? Un acontecimiento trascendental, como la restauración del Imperio alemán, no se efectúa en breve espacio de tiempo. Lo que hemos obtenido en seis meses por las armas es posible que tengamos que defenderlo por las armas durante medio siglo, a fin de que no nos lo arrebaten. No debemos forjarnos ilusiones; desde nues-

tras guerras afortunadas hemos ganado en consideración; pero no por eso se nos quiere mejor...

El mejor de los hombres no podría vivir en paz si un mal vecino suyo se empeñase en molestarlo. Pero creo que mostraremos al mundo que, después de haber llegado a ser una nación poderosa, sabemos permanecer siendo una nación pacífica... Espero que durante largos años podremos, no sólo conservar la paz, sino también imponerla...»

* * *

Todo buen ciudadano debe aprenderse de memoria las transcritas palabras del gran Moltke, que valen por un curso completo de patriotismo, sin garrulerías, sin bravatas, pero sin flaquezas sentimentales que pudieran denunciar atrofia moral en el sexo moral de quien quiera llamarse buen patriota. La patria es altar donde no solo amores y satisfacciones que nos halagan, sino sacrificios que nos contrarían, es preciso ofrecer. Es un bello ideal, sin duda, fácilmente accesible a los corazones, por muy atropellados que estén contra las doctrinas pacifistas. el de suprimir el brazo militar, como dirimidor de las diferencias internacionales. Pero hay que hacer holocausto de ese ideal ante la *necesidad suprema de existir*, y Alemania, que no fué por propio impulso a la guerra de 1870, ha necesitado, una vez vencedora, prepararse para no ser aniquilada en 1914. Y no ha sido el militarismo, como tal partido, cercenador de la voluntad civil, sino todo el pueblo, la nación en masa, compacta, sin discrepancias parciales, la que tuvo ayer noción de los enemigos que le amenazaban, y hoy cumple el fin que le indica aquella necesidad de su existencia «*determinándose a mantener su libertaa y su derecho*».

¿Podrán decir lo mismo las naciones que luchan contra ella?

Si me sigues, lector, en mi tarea, en un próximo artículo verás como se cambian los papeles.

R. Schneider

El militarismo alemán

(De A B C)

I

Fuerza es reconocer mi ingenuidad cuando he creído, y por creerlo no opuse hasta ahora comentario, que las voces desatadas contra el militarismo alemán eran, más que voces, ladridos de perros a la luna; y no sintiéndome con unción de taumaturgo para esforzarme en hacer salir a la jauría de su engaño, convenciéndola de que, así como la luna no tiene ojos, ni boca, ni nariz, tampoco en la bonachona faz teutónica hay el gesto avinagrado y fiero con que, por excepción o antonomasia, se la quiere presentar, puse al margen de aquellos contumaces dicterios un auto de inhibición, más que por propia incompetencia, que ya la doy por descontada, por fe en el juicio sereno de los lectores, que supuse siempre nada atento a tan desabrida cantinela.

Pero he aquí que un amigo, convenido en mi plano ideológico, a quien oí condenar muchas veces el mal uso de tópicos, como este del militarismo alemán — (reacción, neísmo, tiranía) — aplicados injustamente a la significación política, al criterio cardinal y modos de gobernar de un insigne hombre público español, me tilda de inconsecuente en mis siempre proclamados fervores por el arraigo de una bien entendida democracia porque, dice, no hay coonestación posible entre mis convencimientos profesados ayer y esta simpatía de ahora por la causa de Alemania, que es símbolo del militarismo sobre el fuero civil y del imperialismo sobre la soberanía del pueblo, frente al ideal de los aliados, que luchan por la Libertad, la Civilización, la Democracia y el Derecho

Así expuestas las premisas con que mi censor me arguye, no hay duda, tiene razón; pero justo será que se me

otorgue a mí, si yo demuestro que esas voces rimbombantes del imperialismo y el militarismo y la barbarie, puestas a la cuenta de la actitud germana en el conflicto europeo, son vana palabrería para engañar a ignorantes, deslumbradora fosforescencia que tanto dura como el reguero luminoso de un coheite en el espacio...

* * *

Aquéel insigne soldado-poeta y gran artista de la guerra que se llamó feld-mariscal Helmuth de Moltke, en la sesión memorable del Parlamento alemán de 16 de febrero de 1874, en que se discutía la ley del mantenimiento de un gran Ejército activo durante doce años, fué verbo de su pueblo al expresarse de este modo:

«La primera necesidad de un Estado es existir y asegurar su existencia contra el exterior. En el interior protege la ley, el derecho y la libertad del particular; pero afuera, de potencia a potencia, sólo hay protección en la fuerza. Un gran Estado existe únicamente por sí mismo, por su propia fuerza, y sólo cumple el fin de su existencia si está determinado a mantener su libertad y su derecho. Dejar inerte a un país sería el mayor crimen de su Gobierno. Justo es el deseo de reducir los inmensos gastos militares. Pero no olvidemos que los ahorros de largos años de paz podrían perderse en un solo año de guerra. Os recuerdo, señores, lo que después de una campaña desventurada costó al país el período de 1808 a 1812. Esos eran años de paz; la cifra del efectivo de paz era la más pequeña posible, y, sin embargo, podía vanagloriarse Napoleón de haber extraído de la pobre y pequeña Prusia la suma de mil millones: ahorrábamos entonces en los gastos de nuestros Ejér-